INSVLA



SVMARIO

AMERICO CASTRO: Releyendo a "Ariel". - BEPPO LEVI: Pensamientos y recuerdos. - HORACIO PONCE DE LEON, ALBERTO PONCE DE LEON, ARTURO HORACIO GHIDA, ERNESTO POLITO: Poesía juvenil. - JUAN TURIN: Razones sociales de una barbarie. - MARIANO DE ZAVALLA: "El último puritano" o la tiranía del espíritu. - MARIA ZAMBRANO y ANIBAL DEL CAMPO: ¿Es posible una unión latina? - *LA ESTRELLA EN EL TIEMPO*: JOHN MASEFIELD: La poesía (Trad. de Enrique C. Pezzoni). - *LAS OBRAS Y LOS DIAS*: Notas de Tulio Halperín Donghi y R. D. H. - GREGORIO HALPERIN: Romildo Risso. - *INSVLA*.

Año III - Núm. 11 Buenos Aires 1946

INSVLA

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRIGIDA POR
RENATA DONGHI HALPERIN

•

Inscripta en Registro Nacional
de la Propiedad Intelectual
bajo los Nos. 135.414
y 171.866

Correo Argentino
Suc. 12 (6)
Tarifa Reducida
Concesión 2447

SUBSCRIPCION ANUAL
ARGENTINA: $ 3.50
OTROS PAISES: DÓLAR

Dirección y Administración:
SANTA FE 3114 - 6.°, D.
U. T. (71) Palermo 0398
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cursos y Conferencias

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Director:
ARTURO FRONDIZZI

Suscripción anual ..... $ 12.—
Número suelto ..... „ 1.50

Aparece el 30 de cada mes

Red. y Adm.:
CANGALLO 1372
BUENOS AIRES — ARGENTINA

Revista Hispánica Moderna

DEL HISPANIC INSTITUTE IN THE UNITED STATES

Director:
FEDERICO DE ONIS

Suscripción anual ..... $ 10.—

Suscribe el Instituto de Filología de Buenos Aires

•

SAN MARTIN 534

Universidad Catolica Bolivariana

CINCO EDICIONES AL AÑO DE 130 A 160 PAGINAS CADA UNA APROXIMADAMENTE

Dirección y Administración:
APARTADO DE CORREOS N.° 109 **MEDELLIN-COLOMBIA**

PORTER HNOS.



TALLERES GRAFICOS

★

Est. Unidos 1864 - 66 U. T. 23, B. O. 4219
BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INSVLA

SVMARIO

AMERICO CASTRO: Releyendo a "Ariel". - BEPPO LEVI: Pensamientos y recuerdos. - HORACIO PONCE DE LEON, ALBERTO PONCE DE LEON, ARTURO HORACIO GHIDA, ERNESTO POLITO: Poesía juvenil. - JUAN TURIN: Razones sociales de una barbarie. - MARIANO DE ZAVALLA: "El último puritano" o la tiranía del espíritu. - MARIA ZAMBRANO y ANIBAL DEL CAMPO: ¿Es posible una unión latina? - *LA ESTRELLA EN EL TIEMPO*: JOHN MASEFIELD: La poesía (Trad. de Enrique C. Pezzoni). - *LAS OBRAS Y LOS DIAS*: Notas de Tulio Halperín Donghi y R. D. H. - GREGORIO HALPERIN: Romildo Risso. - *INSVLA*.

Año III - Núm. 11 Buenos Aires 1946

BIBLIOTECA NACIONAL 2021 ARGENTINA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En propiedad - Derechos reservados

PORTER Hnos. - Impresores - Estados Unidos 1864-66

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

RELEYENDO A "ARIEL" (1)

Se ha convertido en un trivial lugar común decir que los norteamericanos poseen sentido social, en tanto que los iberoamericanos son individualistas a causa de su ascendencia hispano-portuguesa. Se dice también que los primeros son materialistas y están mecanizados, y que los segundos viven olvidados de la materia y cultivando los valores espirituales. Al finalizar este libro conviene revisar dichos conceptos, tan cómodos como imprecisos.

La oposición entre Ariel y Calibán ideada por Rodó, al pronto seduce; aquel escritor poeta se sentía llevado por las alas levísimas de Ariel, mientras allá, en el Norte, unas masas humanas se apegaban pesadamente a los intereses prácticos y materiales, sin futuro de eternidad. Rodó oponía el idealismo del Sur (es decir, el de su persona) al materialismo de todo un pueblo. Pero las naciones y los pueblos no pueden caracterizarse mediante conceptos genéricos y abstractos, si éstos no enlazan con la vida misma. Por otra parte, toda forma de civilización descansa sobre un ideal. puesto que sin él no existiría, o carecería de validez histórica. Ambas Américas poseen el suyo, y más bien que oponerlos, hay que tratar de determinarlos. El de Norte América aspira a construir y a sostener grandes estructuras humanas, a objetivar la conciencia personal en la conciencia colectiva, a hacer posible la convivencia de muchos millones de gentes, sin que una minoría obligue a la mayoría, usando la fuerza bruta, a servir a la comunidad a expensas de los derechos del individuo.

(1) Mi deseo de complacer a la dirección de INSVLA me hace ofrecerle algo tal vez no muy adecuado: unas páginas de mi *Iberoamérica*, un libro de lectura para jóvenes norteamericanos, rehecho completamente en la segunda edición que saldrá a fines de año. En otros lugares de ese volumen se desarrollan algo más las ideas aquí expuestas; su fundamentación histórica se encontrará en un amplio estudio que espero poder enviar pronto a la Editorial Losada.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El mundo norteamericano continúa, en cierto modo, las formas de vivir de la Edad Media católica; la persona aislada carecía entonces de plena realidad, pues todo hombre formaba parte de una iglesia, o de una clase social, o de un gremio. En esas agrupaciones vivía, y a través de ellas se expresaba.

Para los pueblos hispánicos, tener que aceptar esa forma de vida significa un trago bien amargo. Mucho antes de que el Renacimiento enseñara a los europeos de Occidente a ser personales y a desligarse de los lazos colectivos (que tanta tragedia costó volver a restablecer después del fracaso del optimismo renacentista), los españoles habían aprendido a ser personales en un modo muy peculiar y muy suyo, que aún subsiste en Iberoamérica. No pretendemos ahora decir qué es mejor, o qué es peor, ni qué deba hacerse o dejar de hacerse. Aspiramos, sencillamente, a adquirir algunas nociones acerca de cómo es la vida en el Norte y en el Sur del continente americano.

El norteamericano goza erigiendo y contemplando magnitudes colosales, y no pretende descollar él, personalmente, sirviéndose de la sociedad como de un pedestal. El habitante de la aldea medieval también reposaba su ánimo al contemplar la altura, inmensa para aquel tiempo, de los templos y los castillos, símbolos del poder espiritual y material de la colectividad, destacados sobre el exiguo nivel de las viviendas del hombre común. Las estructuras colectivas en Norte América son, en realidad, entidades santificadas, a las cuales se ofrendan valiosos y abnegados sacrificios. Andrew Carnegie ofrendó a la "divinidad" social 350 millones de dólares, lo mismo que, siglos atrás, los reyes donaban a las órdenes religiosas villas y dominios extensísimos. Son legión quienes contribuyen con su dinero y con su trabajo a sostener el ideal norteamericano de la trabazón social.

Como en todo sistema de creencias, la santidad máxima y central se subdivide en porciones menores de santidad, a las cuales rinden fervoroso culto los fieles interesados en su prestigio. Tal es la función desempeñada en los Estados Unidos por las diferentes religiones, y por las universidades, las bibliotecas públicas, las instituciones de beneficencia, etc. Los ciudadanos contribuyen a la erección y sostenimiento de dichas instituciones, como en la Edad Media millares de gentes anónimas ayudaban a construir las catedrales en largos años de devotos esfuerzos. Mientras Inglaterra ha conservado el esquema

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de la jerarquía nobiliaria de la Edad Media, los Estados Unidos han vivido, desde sus comienzos hasta ahora, inclusos en un marco que recuerda el colectivismo popular de la Iglesia y del pueblo medioevales; cierto que dentro de ese marco encontramos una vida sin mística y sin expresividad religiosas, sin ardiente diálogo entre el alma y Dios. Unicamente percibimos un tenue y sostenido soplo espiritual que comienza y termina en este mundo.

En una sociedad así, las cosas tangibles y visibles habían de adquirir forzosamente enorme importancia, pues las cosas son un común denominador que ata a las personas, y neutraliza la tendencia a ser distinto y disidente. El norteamericano se objetiva en ese reino de las "cosas", que abarca desde los innumerables artefactos, los billones de latas de conserva, los frascos de todas formas y colores, hasta la Fundación Rockefeller y la maravillosa Biblioteca Pública de Nueva York. El individuo se sumerge en las organizaciones colectivas, que le sirven de sostén y común denominador; o se complace en acumular superlativos de cantidad y cualidad ("el mayor, el mejor del mundo"), porque esos superlativos ciñen como un círculo, totalizan y anulan lo particular y diferente.

Nótese, sin embargo, que las cosas materiales son un medio y no un fin; son un medio para realizar un cierto tipo de vida fundado en una callada emoción moral, y animado por una tenue y poco expresada religiosidad. Por leves y tenues que sean la emoción y la religiosidad, ellas son las que integran el vivir de la inmensa mayoría de los norteamericanos —aunque los extranjeros no lo perciban ni lo sientan fácilmente—. Para mantener esa poco expresada moral y religiosidad sociales, el norteamericano es capaz de arriesgar su bienestar y su vida si la ocasión lo exige. Si los japoneses y los alemanes hubiesen tenido ideas más exactas sobre los norteamericanos, nunca habrían pensado en aniquilar a los Estados Unidos.

La gran mayoría de los norteamericanos acomodados (más o menos con un ingreso anual de 7 y 9 mil dólares) vive mucho más austeramente que los iberoamericanos de su mismo nivel económico (digamos unos 12 ó 14 mil pesos en Buenos Aires o Méjico). Comparados en este plano, la gente del Sur resultaría más epicúrea y materialista, si tomásemos el punto de vista de Rodó. El porteño o mejicano de esa clase económica tiene criados o criadas, siempre al

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

alcance de su voz o de un timbre eléctrico; come, normalmente, platos bien cocinados y apetitosos, aquí sólo accesibles como un lujo en ciertos restaurantes de Nueva York; bebe en sus comidas un vino de buena marca; tiene varios y elegantes trajes hechos a su medida; suele ir a una tertulia todos los días en donde conversa largamente con sus amigos, sólo por el placer de hacerlo; las comidas para sus invitados constan de varios platos y se preparan en una cocina a donde el señor no entra nunca, y la señora casi nunca; etc., etc. Para conocer una vida así en los Estados Unidos hace falta ser inmensamente rico, o ir a verla en la pantalla del cinematógrafo.

Aunque la vida norteamericana tenga como finalidad declarada el ser feliz, gozar de bienestar y ganar dinero, el uso del dinero se subordina a las normas morales y sociales que ciñen la vida colectiva, y limitan considerablemente los placeres. El cinematógrafo presenta un cuadro de vida norteamericana bastante irreal; la gente va a ese espectáculo, como los chinos a un fumadero de opio; en la pantalla se descargan violentamente las pasiones y los anhelos que el buen burgués mantiene muy callados en el fondo de su alma, porque si les diera suelta, la organización social se resquebrajaría. Sólo un pequeño grupo se permite la audacia de hacer "lo que le da la gana".

La obligación de contribuir al sostenimiento de las instituciones sociales de asistencia pública y de otra clase limita los ingresos, lo mismo que los impuestos, recaudados en una forma inaplicable a Iberoamérica.

No opongamos polémicamente una y otra América, según hizo Rodó. Cada una de ellas resultaría materialista o espiritualista como una consecuencia del criterio adoptado y de los aspectos que comparásemos. Se pregunta el uruguayo Zum Felde, examinando la doctrina de "Ariel", si la América del Sur, espiritualista según su compatriota Rodó, puede presentar en el siglo XIX figuras comparables a estas cuatro de Norte América: Emerson, Edgar Poe, Walt Whitman y William James. El que ahora no existan escritores del mismo rango, no invalida el argumento de Zum Felde, porque Rodó escribía en 1900. No intentemos rebajar a una América para ensalzar a la otra, en un pugilato bastante ingenuo después de todo. El delicioso librito de Rodó nos lleva a un callejón sin salida.

El camino para llegar a entender a ambas Américas quizá fuera

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

otro. Para el norteamericano, primero son las cosas y luego las personas; entendemos por "cosas", forzando un poco el sentido de la palabra, tanto un artefacto, como la reunión de tres mil profesionales en la asamblea que celebran todos los años. Una persona sin cosas que hacer, sin algo de función colectiva, carece de sentido en Norte América. Para el iberoamericano las personas tienen un valor absoluto, y su existencia recorre una órbita que comienza y termina en ellas mismas.

Llamar individualismo a tal modo de ser se presta a muchos equívocos. Individualista era el inglés del siglo XIX, para quien la sociedad consistía en una suma de unidades, de actividades individuales, en una "división individual" del trabajo social. La economía individualista era partidaria de la libre concurrencia y del libre cambio. El individualismo, en último término, es resultado de una reflexión que pone el acento sobre la capacidad constructiva de la persona; el auténtico artista y el pensador original son por esencia individualistas. Lo son también quienes limitan una porción de mundo, de "cosas", y las transforman y convierten en su propio huerto.

Los hispanos e iberoamericanos, si son individualistas, lo son sobre la base de la sustancia de sus propias personas, y sólo en apariencia se asemejan a los anteriores; su manera de ser corresponde a la simple forma de su existir, y no descansa sobre ningún juicio; sus actos son mero despliegue de su existencia, no acompañado de reflexión, de pensamiento dirigido a modificar la naturaleza de las cosas a fin de ponerlas al servicio del individuo que llevan dentro de sí. Por eso su cultura es muy rica de todo aquello que puede hacerse sin dialogar con las cosas: valor, heroísmo, dignidad personal, vida interior expresada en belleza, con distinción o con gracia; religiosidad, poesía, toda forma de arte popular (tejidos, cerámica, canciones, bailes). En una palabra, todo cuanto puede hacerse sin apenas salir de uno mismo. Más bien que individualista, tal forma de vida debiera llamarse personalista e integral. Las personas, repetimos, tienen un valor absoluto: el trato discursivo con las cosas no entra en las funciones vitales de la persona.

El iberoamericano se interesó por la cultura relacionada con la experiencia de la propia vida, pero no con la que incita a luchar intelectual e ingeniosamente con las cosas. El argentino Sarmiento poseía

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vasto saber en todo cuanto afectaba a la vida y a la conducta humana; su "Facundo" es una aplicación original de las ideas de Herder, un filósofo de la historia; porque "Facundo" es una magnífica expresión de la existencia de Sarmiento. Pero no hubo un solo argentino en aquel tiempo que hiciese alguna original aplicación de la física, la mecánica o la medicina contemporáneas, lo cual, pensando teóricamente, no significa más esfuerzo de inteligencia que extraer "Facundo" del pensamiento de Herder. Y es que no se trata de un problema de inteligencia, sino de manera de ser. Es justamente lo contrario de lo que acontece en el mundo de lengua inglesa, en el cual nadie aún ha sido capaz de escribir una historia de la literatura inglesa, con gracia y sentido artísticos. Aunque el hombre de lengua inglesa intente abrir las puertas de la expresión personal, su manera de ser no se lo permite; escribe, en vez de eso, sequedades eruditas que no afectan al alma. El iberoamericano tiene que importar la ciencia y los productos industriales, lo mismo que los ingleses han tenido que adoptar las historias de la literatura inglesa escritas por franceses (las de Jusserand, Taine y Cazamian), muy superiores a las que ellos poseen.

Estamos ahora en el centro del problema. Las cosas forman parte de la sustancia humano-social del norteamericano; las cosas para el iberoamericano son como un vestido que se pone; la función social dirige la vida del primero, y la conciencia de estar existiendo determina la del segundo. El primero se vestirá como cualquier otro: subordina su persona a la "cosa" traje, que venden ya hechos en los almacenes; el segundo subordina el traje a su persona, y a poco dinero que tenga, busca un buen sastre que lo haga a su medida. Se dice en español que alguien "lleva bien o mal el traje", expresión intraducible al inglés. En Norte América las cosas llevan a los hombres; en el Sur, son los hombres quienes traen y llevan las cosas: las compran, las imitan, las aplican. Si no tienen cosas, se quedan sin ellas, solos, acompañados de su propia persona y de sus valores, muchos, pocos o ningunos. Los tipos hispánicos que han influído en la cultura universal son grandes artistas y escritores, conquistadores, santos, caballeros, aventureros. El gaucho argentino, solo en su pampa, sin más mundo que su coraje, su cielo, sus caballos, su guitarra y sus canciones, su facón y un horizonte ilimitado que des-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

pierta anhelos de infinidad y eternidad; ese gaucho es una figura bien hispánica.

He aquí algunos de los problemas que "Ariel" dejaba en el aire; a pesar de ellos, continuaremos leyendo el denso librito con vivísima simpatía, dejando a un lado sus ideas; tras de ellas sentimos la vibración de algo que no envejece: la voz de una de las almas más bellas y más nobles que ha producido todo el continente.

AMÉRICO CASTRO.

Princeton University.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS

EN OCASION DE UNA REUNION DE PROFESORES DE ENSEÑANZA MEDIA

Si no tuviera que agradecer la insistencia con la cual el Comité organizador de esta reunión ha querido conferirme el honor de abrir la discusión, debería antes disculparme por haber aceptado. Debo en efecto repetir ahora, más o menos las mismas palabras con las cuales hace algunos años empezaba mi respuesta a una encuesta de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias; esto es que el afecto profundo que, desde el primer día de mi llegada al país y cada día más, me vincula a esta tierra y a sus hombres, no puede hacerme olvidar las inevitables deficiencias de mi conocimiento de muchas modalidades y costumbres que determinan, aquí como en cada país, muchos detalles de la enseñanza.

Ahora bien, lo que vamos a considerar aquí en este momento, no es ningún argumento científico matemático — o si tal cosa podrá ocurrir también, lo será únicamente en función de lo que puede significar en relación a ese interés fundamental que preside nuestro común pensamiento, es decir el desarrollo del papel social de la enseñanza. Y si esto es para mí una debilidad, por las razones dichas, permítanme por lo menos expresar mi regocijo por encontrarme en medio de profesores de la llamada escuela secundaria, lo cual me lleva con el recuerdo a tiempos lejanos, primero cuando fuí yo mismo alumno, luego enseñante en escuelas similares de Italia, y por fin cuando, por la pasión natural y por la adquirida tuve la oportunidad de ocuparme de la escuela ya estando fuera de ella.

Son estos recuerdos los que me han aconsejado salvar la dificultad hablando a ustedes de este pasado; un pasado en otra tierra

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cuyos problemas no difieren quizás en mucho de los problemas actuales de ésta; y, diría yo más propiamente, no difieren de los problemas de la enseñanza y de la educación en todos los lugares y en todos los tiempos; porque, podría acaso decir alguien, igual es la inteligencia del hombre en todos los lugares y en todos los tiempos; y porque, prefiero yo decir, es esa inteligencia dondequiera y siempre igualmente variada. Diferentes son, por contrario, a menudo las soluciones que dependen frecuentemente de razones contingentes. Sólo en forma muy temperada estaría dispuesto a aceptar la creencia de que estas razones puedan adquirir importancia principal cuando se refieren a condiciones ambientales, al desarrollo industrial y a otros elementos de la evolución social, si es que la enseñanza debe servir para elevar el espíritu del hombre e influenciar de esta manera esa evolución. Por esta razón espero obtener la indulgencia de ustedes por los recuerdos, aun cuando por una razón ineludible, serán principalmente recuerdos de Italia, de una Italia liberal, en mucha parte todavía bajo el influjo de las ideas del Resurgimiento; y esto, no solamente porque tal es por las fechas la mayor parte de esos recuerdos, sino también porque si Italia sufrió el fenómeno fascista, nunca hubo de verdad en el alma del pueblo una Italia fascista, como ya lo demuestran las noticias que llegan todos los días afirmando lo infundado del problema de reeducar| Pero la mayor parte serán pensamientos y sentimientos de la persona que está ante vosotros; y así debe ser, porque no tengo aquí la posibilidad de hacer historia por falta de documentación, y aun cuando mi recuerdo se refiera a veces a las páginas de algún libro, ya no puedo alcanzarlo con las manos y sí muy problemática es la historia que se hace citando las palabras entre comillas; pueden concederse algunos matices personales a una historia de memorias.

Una característica que considero esencial del ordenamiento tradicional de la enseñanza de todos los grados en Italia es y, por lo menos teóricamente ha sido siempre, la dedicación completa y la completa responsabilidad del profesor. Entiendo por completa responsabilidad el hecho que, una vez establecido el dominio cultural que a cada asignatura se le asigna en un determinado orden de estudios, el profesor está nombrado para esa asignatura, teniendo a su cargo no solamente todo lo que a ella corresponde en una deter-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

minada clase, para un determinado año de curso, sino todo el grupo de clases que forman el curso completo. Para explicarme completamente, resulta de este ordenamiento que el alumno que inicia su curso en la escuela, seguirá normalmente todos los años con el mismo profesor. Pero observo en seguida que no es este detalle pedagógico lo que verdaderamente interesa; si ésta fuera la intención resultaría frustrada en gran parte en la práctica por los accidentes de la carrera, traslados, muertes, etc. de los profesores; y por otra parte aun la pretendida norma pedagógica podría ser enormemente discutida. Lo importante de la costumbre es, a mi juicio, el hecho de que con asignar al profesor un curso completo se da significado verdadero a la completa dedicación, se transforma la enseñanza de oficio en misión.

Voy a explicar la afirmación con los recuerdos personales: En 1900 conseguí el nombramiento en la escuela normal de mujeres de Vercelli. En el mismo cargo me había precedido inmediatamente Alberto Conti cuyo nombre probablemente no sea completamente desconocido para algunos de ustedes, como director del *Bollettino di Matematica*: 6 años de curso con un total creo de 16 horas semanales o poco menos de 200 niñas entre los 11 y los 18 ó 20 años por un joven de 25. No se rían ustedes si le digo que fué un lindo experimento, no precisamente porque eran niñas, sino porque el profesor tenía alma y entusiasmo de maestro elemental, que pedía permiso para asistir a la hora de práctica en la escuela elemental anexa, sin que esto le impidiera dedicar otras horas del día a investigar las variedades algebraicas. Puede que este entusiasmo haya dejado algún recuerdo en alguna de las futuras maestras; sin duda lo ha dejado en el desarrollo futuro del pensamiento del profesor; por el contrario, lo que menos pudo realizarse fué la esperada continuidad didáctica, pues el año siguiente pasé a enseñar en el Instituto Técnico de Piacenza. En el concepto común de las personas y aun del ministerio era una promoción, porque la importancia atribuída allí a la matemática era mayor y nadie escapa a las convenciones. En el Instituto técnico el curso total se dividía en dos bienios a cargo cada uno de un profesor. Pero, en cierto momento, por un infortunio ocurrido al colega tuve que encargarme del curso total. Años más tarde conversando con uno de mis ex-alumnos de ese tiempo, me decía:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y sí, a usted le queríamos, pero se trabajaba mucho! Era precisamente de lo que no me había dado cuenta. ¡Y pensar que algunos colegas murmuraban que, si uno tiene la cabeza en las nubes de una esperada carrera científica, no podrá tener bastante dedicación para la escuela! Pero, he ahí que todavía las exigencias de la vida se imponen. En 1905 se me presentó la oportunidad de obtener el traslado al Instituto técnico de Turín; era mi ciudad natal, allí vivía todavía mi madre, y era ciudad universitaria, en su Universidad yo me había formado; ¿era posible resistir a tantos atractivos? Fué el último período de mi actuación como profesor medio y fué, como tal, el menos feliz. El Instituto Técnico de Turín, único en una gran ciudad, el mismo donde yo había sido estudiante, me pareció, cuando entré como profesor, como un puerto donde todos, profesores y alumnos, —los primeros principalmente— pasan de prisa, cada uno preocupado de sus asuntos, la mayoría sin conocerse. El rector, preocupado principalmente por sus funciones de disciplina y de orden, distribuía las clases según conveniencias de horario y tuve que encargarme de tres primeros años. ¿Qué más cómodo? Pero, aunque se pongan cariño e inteligencia para dictar las clases, ¿cómo superar el aburrimiento de repetir tres veces en un día más o menos las mismas palabras?

El experimento personal terminó allí; yo pasé a la enseñanza universitaria; es posible que si me hubiera quedado en el Instituto de Turín aun las exigencias del horario se habrían aplacado; quizá hubiera obtenido cursos que pudiesen satisfacerme. ¡Quizá!

Deseo que ustedes noten que, de la última parte del cuadro que he venido dibujando se desprende que tampoco en la Italia de entre 1900 y 1906 —y podemos extender en muchos años ese intervalo sobre todo en el límite superior— las cosas seguían en todo los ideales. Una de las dificultades prácticas ineludibles es la fluctuación con tendencia creciente de la población escolar, la cual pone un obstáculo insalvable al concepto del curso completo. En ese tiempo se intentaba la corrección con la creación de los cursos adjuntos, que, hasta que no llegaban a ser completos, se encargaban, en lo posible, a los mismos profesores; pero también y muy a menudo a otros de otras escuelas o a jóvenes que todavía no habían entrado en el engranaje de la carrera; esta segunda solución era ciertamente la me-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

jor, cuando era posible, y eso me ocurrió o mí en los primeros años después del doctorado. Pero de eso mismo depende el hecho al cual he aludido que un rector pudiera imponerle al profesor recién llegado tres primeros cursos. La reforma Gentile de 1923, reforma fascista y en muchos aspectos discutible, pero llevada a cabo por un filósofo que no desconocía todas las discusiones de los años anteriores, intentó otra solución, la de una especie de *numerus clausus* por la cual los alumnos tardíos o peor clasificados tenían que irse a la escuela privada. Tal solución sería tal vez apta para las costumbres argentinas; no podía tener éxito con las tradiciones italianas; y, si se trata de encarar un problema didáctico, sólo tiene el efecto de desplazarlo de la preocupación del estado, a la iniciativa particular... pero es un argumento que nos llevaría fuera del interés actual.

Vuelvo por tanto a mi tema.

He leído, para enterarme un tanto de la situación argentina, un libro de Juan Mantovani, "Bachillerato y formación juvenil" del cual saco por el momento únicamente estas palabras (pág. 19) "De 1862 a 1912 —en el curso de medio siglo— han regido 24 planes, o sea un promedio de uno por cada dos años". Recorriendo las páginas siguientes nos enteramos de que otros planes y leyes se hicieron en 1916, 1918, 1923, 1934, 1935, 1937, 1939 y no se si alguno se me habrá escapado. He aprendido también, por la lectura de ese libro, que los problemas argentinos, aun por las fechas, no han diferido en mucho de los problemas italianos y de otras naciones de Europa, Francia por ejemplo. Para las soluciones, el origen bibliográfico es acaso más que todo francés; y he dicho precisamente origen bibliográfico no sin razón, porque diferencias de forma y de hechos con lo que hizo Francia me parece haber muchas.

Ahora bien, aun cuando, como dije, los problemas coinciden también en las fechas, muy diferente es lo que se debe decir acerca de la sucesión de planes y de programas — si excluímos el período fascista, después de 1923, cuando la legiferación no tuvo límites. Hubo en Italia una primera organización de las escuelas medias en el momento de la formación del reino; pongamos luego alrededor de 1866 (como he dicho no me propongo dar fechas precisas; pero tengo una edición de los Elementos de Euclides adaptados a los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gimnasios y liceos italianos por Betti y Brioschi con la fecha 1868); hubo luego la ley Casati que rigió como una especie de constitución de la escuela italiana hasta cerca fines del siglo; los programas fueron, en este período, los de 1885 (salvo equivocación en la fecha); ¿y después? Por las razones que diré es inútil que agregue esfuerzos de memoria que me llevarían a informaciones cada vez más equivocadas.

La dedicación total en la forma que he indicado, al identificar el profesor con su clase, de la que adquiere la responsabilidad cultural y moral, destruye virtualmente el programa que está escrito en el papel. Muy poco he leído los programas en los pocos años de mi profesorado medio... y también después; y estoy seguro que ninguna autoridad me hubiera hecho cargo alguno por eso. Los programas, efectivamente, hacia fines del siglo pasado se habían ido modificando, más que todo en el sentido de reducciones y simplificaciones, y sin embargo, he tenido colegas viejos que en 1903 ó 1905 seguían enseñando según los programas de 1885 porque no tenían en sí mismos la fuerza de renovación; es un mal menor que si, para adaptarse a los nuevos programas, se hubieran puesto a leer y hacer repetir de memoria el libro de texto. He tenido, siendo alumno del Instituto Técnico hacia 1890 un profesor ingeniero, a quien siempre he querido y apreciado, que habiendo adoptado como texto el libro de geometría de Sannia y D'Ovidio donde la enunciación de postulados está llevada a un exceso, y que entre otros enuncia el postulado: "El círculo tiene un solo centro", se mofaba del libro interrogando con cadencia: "¿Cuántos centros tiene el círculo?" Didácticamente, hoy todavía estoy con él.

El programa, repito, es ciertamente un elemento necesario para establecer límites dentro de los cuales debe desarrollarse la enseñanza, para evitar superposiciones y lagunas a consecuencia del traspaso del alumno de uno a otro profesor; pero las cuestiones de método y muchos otros detalles más deberían en lo posible quedar librados al juicio y a las aptitudes personales de quien tiene la responsabilidad del curso. Y en la Argentina hay, que yo sepa, libertad de espíritu de sobra para entender y atender a tal principio, pues está en la costumbre del país la existencia de un sinnúmero de escuelas similares, entre sí tendientes al mismo fin —aludo por ej., sin considerar a las

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

escuelas de iniciativa particular, a las muchas anexas a las universidades y escuelas superiores, que compiten de hecho con las finalidades de los colegios— que se dictan ellas mismas sus programas. Pero precisamente se dictan programas detallados por una autoridad respetable, pero que no es el mismo profesor.

Como aquí, también en Italia en los años que precedieron e inmediatamente siguieron a la formación de su unidad, tuvo la cultura francesa una intensa influencia en la organización escolar; y para la matemática puede ello explicarse por el esplendor y el número de sabios insignes que han florecido en el tiempo de la revolución y del imperio; pero he aquí algunas palabras extraídas del prefacio de la edición de Euclides adaptada a los gimnasios y liceos, por Betti y Brioschi, que recordé hace poco: "Nos ha parecido que en muchas publicaciones nuestras y extranjeras que sirven de guía a los jóvenes para el estudio de la geometría elemental se ha hecho una dañina confusión entre los fines... y a veces se han introducido y recomendado libros en los que, exagerando el método de Legendre, se ha sustituído al razonamiento riguroso el mecanismo aritmético" y concluyen dirigiéndose a los profesores de los liceos para que los ayuden en el esfuerzo de encauzar la enseñanza de la matemática hacia el fin de robustecer la formación lógica de la juventud. Puede valer la pena notar que los autores eran el uno profesor de Física Matemática en la Universidad de Pisa y el otro el primer director e impulsor del Politécnico de Milán; pero el hecho que aquí quiero señalar es que se dirigían a los profesores más bien que a las autoridades.

Y esta costumbre tuvo larga duración; cuando en los primeros años del siglo Enriques y Amaldi compusieron el texto que tuvo después tanto éxito, imprimieron una edición de pruebas para distribuírla entre un cierto número de profesores para recoger opiniones. Desearía que alguien comparara la estructuración de este libro con otros que se utilizaban al mismo tiempo y principalmente, por estar en la misma altura científica, con la geometría de Veronese y Gazzaniga, para que se advirtiera cuán grande debía de ser la elasticidad de los programas para que según el gusto del profesor, pudieran alternarse en las mismas escuelas textos de dirección tan diferente.

Puede ser que una explicación de esto se encuentre en la cir-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cunstancia que señalé ya en la respuesta a la encuesta de la Asociación para el progreso de las Ciencias que he recordado antes, es decir que en esos años pasó por el profesorado medio toda una pléyade de jóvenes de alta preparación científica y cuyo fin último fué en la mayoría de los casos la enseñanza universitaria. Y puede ser también que hechos tales tengan duración limitada; yo mismo he visto, con el andar del tiempo, cómo se separaban cada vez más las dos carreras, y los jóvenes con pretensiones científicas se atenían a la llamada investigación hasta que llegara su hora. Puede ser también que en los ideales de las personas haya mucha ilusión, haya errores de proporción y de perspectiva. Y sin embargo la ilusión vale aún para mantener la fe.

Si algo significa la inyección, del espíritu científico en la enseñanza media, es la eliminación de la didáctica. La pedagogía es filosofía, a veces palabrera; a veces es historia; si se limita a puericultura, puede ser aun ciencia normativa, porque la inteligencia del niño pequeño está bastante distante de la del adulto para que sea necesario, para entenderla, o mucha capacidad de observación o mucha experiencia; pero cuando un alumno se presenta en la escuela media, y mucho antes, la distancia intelectual se hace tan pequeña que el equipaje didáctico principal consiste en la cultura del profesor con el condimento, si es posible, de un poco de filosofía natural.

Y, llegados a este punto, podríamos empezar a discutir.

He pensado frecuentemente que la primera regla didáctica es no aburrir a los alumnos; evitar que el estudio sea tarea muerta sin otra razón que el "porque sí". He pensado siempre, por ejemplo, que enseñar a los chicos de las primeras clases qué es un número entero, es un absurdo, cualquiera sea el método que se quiera adoptar, porque es absurdo enseñar en modo torcido y difícil lo que el alumno sabe demasiado bien. La discusión de qué es un número entero es teoría de los números, también puedo admitir que es filosofía si se quiere entenderlo como una reflexión sobre los orígenes del pensamiento; pero los chicos tienen cosas demasiado urgentes y maravillosas que aprender, para que puedan interesarlos estas reflexiones; por esta razón he pensado siempre que estas disquisiciones debían pasar en el mejor de los casos a la última clase de curso. Y si el profesor quiere entonces hacer lógica o hablar de conjuntos, entonces tendre-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mos otra base de discusión. No pretendo afirmar que esta opinión es compartida por muchos.

En las escuelas de Italia empezó a introducirse, desde los primeros años del siglo, un primer ciclo de geometría que se llamó *geometría intuitiva;* no sé si existe aquí algo semejante. Se trataba en parte de una reacción contra una prematura enseñanza de la geometría por enunciación de postulados que se consideraba justamente como inconveniente para inteligencias todavía infantiles; se trataba también de una obediencia o de una concesión a principios semimaterialistas como el del origen de la geometría como ciencia física; ustedes conocen por ejemplo el libro de geometría elemental de Borel en el cual se aconseja empezar sin más con consideraciones semiexperimentales y de dibujo el verdadero curso de geometría. El nombre de "intuitiva" y no experimental, ya era un término medio para que el programa no se impusiera demasiado a la libertad interpretativa del profesor. Yo creo que tiene verdaderamente sentido hablar de una geometría intuitiva, y considero un error grave aunque muy difundido el de querer convencer a los chicos de la verdad del teorema de Pitágoras o del teorema de la suma de los ángulos de un triángulo por medio de mediciones; y ya que estamos en tren de recuerdos voy a permitirme reproducir aquí algunos trozos de una amistosa discusión de 38 años atrás. En el *Bollettino di Matematica* de Conti mi amigo Vailati había publicado en el número de septiembre de 1907 un artículo con el título: *La enseñanza de las matemáticas en el primer trienio de la escuela secundaria*. Por la edad de los alumnos, ustedes pueden relacionar el comienzo de este primer trienio con el 6.° de la primaria de aquí; evidentemente es cosa distinta un curso que empieza y uno que concluye; por lo cual dejo a ustedes el poner una equivalencia razonable. El colega Vailati tendía más bien a una filosofía experimentalista o pragmatista como estaba entonces un tanto de moda, y proponía cambiar la geometría intuitiva por una experimental y operativa. Contesté entonces a sus argumentos con una carta que se publicó en el mismo *Bollettino* con el título: *Experiencia e intuición en relación a la propedéutica matemática* que desde luego no voy a leer ahora; voy sin embargo a reproducir algunas frases: "yo estoy todavía por una geometría intuitiva: intuitiva y operativa, pues yo también doy importancia al dibujo. Intuitiva pero efectiva-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mente y no híbrida reducción de exposiciones sistemáticas como se ve ordinariamente en los tratados que llevan este nombre... Tú que eres un poco experimentalista vas a oponerme: ¿y por qué rechazas en el campo geométrico lo que aceptas en la Física? Contestarte llanamente me llevaría demasiado lejos del argumento. Me limitaré a pocas observaciones:

En primer lugar en la escuela las asignaturas que se dicen experimentales son únicamente informativas; las experiencias que se hacen en las clases no tienen y no pueden tener mayor significado que el de ejemplos y de un medio para fijar en la mente del alumno por imágenes las leyes que se enuncian. Si sus disposiciones intelectuales lo llevan a eso, el alumno pensará en su imaginación la experiencia repetida, soñará la posibilidad de repetirla por su cuenta, pero lo más frecuentemente será sólo un lindo sueño: se convencerá que lo que se dice no son simples palabras. Pero ¡ay si creyera que la ley física se afirma tan a la ligera, sobre las primeras apariencias de un experimento hecho lo más frecuentemente *ad usum delphini!* Y bien; sería peligroso que toda la enseñanza se redujera a la imposición más o menos encubierta de la palabra del profesor. La enseñanza de la matemática, que puede conducirse con otros medios, tiene pues el principal papel de compensación; al convencer al alumno de la posibilidad de producir algo von su propia cabeza, excita su sentido crítico y lo libera de la esclavitud hacia el profesor".

Hoy como entonces creo en estos conceptos; pero creo también que hoy como entonces no está conmigo la mayoría; y la razón está en la seudo-filosofía del conocimiento que encuentra cómodo mirar las cosas desde un simple aspecto exterior, aplicando a las cosas del espíritu dudosos métodos experimentales, transportando en este campo los principios de la identidad entre la ontogénesis y la filogénesis. Como decía al principio, los problemas didácticos son eternos y nunca resueltos y siempre puede ser provechosa la discusión.

Y puesto que estoy hablando de discusión y las palabras últimas me han llevado a nombrar la Física, desearía aun aludir a otro argumento de gran interés didáctico y que no se si ha sido tratado aquí otras veces; es el argumento de la reunión de asignaturas que tiene una historia sobre la cual yo no estaría ahora en condiciones de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

informar con suficiente seguridad por la sola memoria, a pesar de haberlo estudiado en otras oportunidades.

Desgraciadamente la reunión se ha hecho en todos los tiempos y se hace sin duda todavía hoy en muchas oportunidades por simples razones económicas: ahorrar sueldos de parte de la administración o juntar sueldos de parte de los profesores. Este aspecto evidentemente no lo he de considerar. En algunos países donde se hace o se ha hecho huyo providencias correspondientes en la preparación de los profesores bien porque, existiendo Escuelas del Profesorado, éstas imponían es su ordenamiento estudios acoplados, o bien porque se tenía en cuenta la representación de títulos múltiples al juzgar las pruebas y destinar los profesores. Lo que yo propondría aquí es la discusión sobre la oportunidad didáctica. Es cierto que un problema didáctico importante es el de una cierta permanencia del contacto entre profesor y alumnos. El profesor que entra en una clase una vez por semana, por ej., es un absurdo (y conozco ejemplos) en la escuela media; en la escuela media inferior ya dos clases semanales pueden ser insuficientes para que el profesor adquiera ascendiente bastante sobre los alumnos o que éstos adquieran bastante confianza con él. Son cuestiones estas que confinan mayormente con la práctica pedagógica. El tema que he propuesto es más serio cuando se lo encara desde el punto de vista filosófico superior del subsidio que distintas disciplinas pueden ofrecerse una a la otra, y para considerar las cosas de esta manera nos presta en cierta medida el avío la observación anterior sobre las distintas características culturales de la mtemática y de la física.

Para un acoplamiento de la matemática y la física se han expresado a veces razones que yo llamaría solamente exteriores y formales, como la que, por utilizar la física el simbolismo matemático en la enunciación de las leyes, es conveniente que el profesor pueda oportunamente preparar, por una de las asignaturas el material que le será necesario para la otra; o bien la otra razón que, para dar contenido concreto a los ejercicios matemáticos, es conveniente buscarlos en las aplicaciones a la física. Debo declarar que muy poco me atraen estas razones utilitarias; sin embargo, si tuviera que juzgar con mis disposiciones personales, no podría ocultar mis simpatías fusionistas. Ya tenemos el hecho histórico indudable de que toda la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

matemática superior en los siglos recientes ha adelantado bajo el impulso le la física, y no por eso para proveer a las aplicaciones físicas; podemos decir lo contrario: que la matemática toma de la física la antorcha de los conceptos para llevarla adelante a iluminar caminos que le son propios. Es éste, en un grado superior, el mismo fenómeno intelectual sobre el cual, en el grado inferior didáctico, he llamado la atención hace poco. Y quién sabe si no sería útil aun al matemático aquella pequeña práctica con el instrumental físico que todavía no lo forma experimentador, pero sí experimentador para la clase.

Y bien. esta cuestión me lleva con la memoria a la última reunión que yo recuerdo de la Asociación Matemática Mathesis, asociación italiana, cuyas directivas mucho se parecen a las razones que nos reunen aquí, pues pertenecían a ella profesores de matemática y de física de las escuelas medias y de las universitarias; los primeros necesariamente en mayoría; y tenía por programa principalmente los intereses didácticos de la escuela secundaria. Esa última reunión fué, si bien recuerdo en 1923 en Milán y tuvo gran animación para discutir el propósito de la reforma Gentile de acoplar en los liceos las enseñanzas de matemática y de física. Creo que la mayoría de los matemáticos eran contrarios; algunos sin duda por una idiosincrasia personal; muchos ciertamente también por el temor que la novedad pudiera llevarlos a la obligación de repetir alguna vez el libro; y sé que varios resolvieron después el problema personal con aplicarse en cierta medida a la experimentación y que algunos aun le tomaron gusto.

Y ahora permítanme ustedes terminar con algunas reflexiones personales. Ustedes me han pedido que hablara y, partiendo de los recuerdos, he enunciado también algunas ideas que pueden ser objeto de discusión; si el tiempo y vuestra cortesía lo permitieran podríamos probablemente seguir por un rato; no pretendo que las soluciones hacia las cuales me inclino sean las acertadas; pero dudo también que en cuestiones didácticas hayan soluciones que puedan llamarse "las acertadas". Entre las normas que se dictan, las palabras que se dicen y la realización que cada uno puede dar a estas palabras hay distancias enormes. Por esto yo pienso que un elemento esencial para el éxito de la enseñanza es la propia convicción del profesor.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Conozco también muchas discusiones escépticas; oigo el susurro de alquien que me dice: ¿cómo puedes imaginar de cubrir la demanda de profesores para una población escolar siempre creciente con un número de personas tan enteradas, tan conscientes, tan críticas y autocríticas?

He dicho y dejo la contestación a los entendidos.

BEPPO LEVI.

Rosario.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SABADO

Flores de los sofás, ajadas ramas,
triste vegetación de las alfombras, florones,
cintas que mueren colgadas de guitarras, de lámparas,
lejos de las cortinas felices, en la noche.
Paisajes de almanaque, coronados de signos zodiacales;
retratos de antepasados (que murieron porque
ellos tenían ya rostros de ir a morir pronto, muy pronto);
abanicos, plegados con la sonrisa inolvidable,
pianos, en fin, cubiertos de terciopelo rojo;
medallones, menudos objetos sin destino, olvidados
en viejas cajas; todo ésto que habita
conmigo alguna noche lenta,
vuelve a vivir en torno con un brillo
de ayer, con un fulgor extinto,
con pálido esplendor de antigua piedra
y pelo muerto.

Horacio Ponce de León.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

P O E M A

Intimidad que a veces se nos gana
a los mismos objetos, a las cosas
que nadie escucha ni ama
porque son muy humildes, o son solas,
con un olvido que las llena de alma.

No todo está en nosotros, en amadas
o hermanos, ni en amigos; muchas veces
en un simple utensilio, en una casa,
están la infancia, la pasión, la muerte.

Y es preciso vivirlo todo, todo;
hasta las mismas lámparas, el muro,
los rincones que son como depósitos
deset fiel soledad, y estar seguros
de que aun hay más, detrás: hay otros rostros,
otras escenas que no vió ninguno,
detrás de esas paredes y esos zócalos.

Porque no somos sólo nuestros nombres
sino algo más: la soledad, el miedo,
la angustia de la noche que nos roe
en nuestro corazón. Somos aquello
por lo cual cada cosa es como un hombre.
Y ellas nos llaman a su fiel recuerdo.

Alberto Ponce de León.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

N O C T U R N O

ALGO que se parece a la tristeza,
a la música, al mar, a lo lejano
de la luna en las hojas, algo vano
y poderoso como la belleza.

Algo que está en la flor, en la pureza
que trae el viento al pasar por un piano
de pétalos, la sombra de una mano
que sostiene una estrella, algo que besa.

...Algo que besa el aire es lo perdido
de un trono de hojas secas y de olvido,
una mujer, un rostro enamorado.

¡Y no hay nadie, alma mía, en los confines!
Sólo la noche entre viejos jazmines
y un aire de cabellos a mi lado.

ARTURO HORACIO GHIDA.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SONETO

Yo quedaría oscuro, entre verdores
muertos, con un recuerdo sonriente,
y tú irías al viento, oh dulce ausente
de mis ojos muriendo en tristes flores.

Del tiempo las estancias anteriores
que habitaste, mi pensar ferviente
en vano recorriendo, finalmente
a estos sones vendría, lloradores.

Para siempre aquí lloro, y es mi llanto
por aquella memoria, entre el olvido,
sola razón de mi doliente canto.

Y, repetida en torno por espejos,
la gran tristeza donde estoy perdido
vuelve, ay, siempre a sí misma en sus reflejos.

ERNESTO POLITO.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.[illegible].com.ar

RAZONES SOCIALES DE UNA BARBARIE

"Y quien hojas no quiera
En Mayo no se venga".
Miguel Angel: "Rime".

SERÍA yo, por naturaleza, poco inclinado a las soluciones sociológicas, que las más de las veces me resultan sospechosas o por la información o por el rigor; más quizás que ciertas características tendencias del "arte moderno" —como se ha dado muy mal en llamarlo— a la supersignificación metafísica, simbólica, sobreexpresionista y tantas otras no tengan su explicación, a lo menos parcial, en un hecho, o conjunto de hechos, de esa naturaleza.

Nada engaita tanto a la cultura a medias como la vanidad de lo difícil. Este es un teorema de psicología sociológica tan notorio y admitido que todo Gracián, por ejemplo, reposa sobre su supuesto, ya como técnica, ya como inspiración moral.

Entre los sargentos de la cultura un vaso de agua turbia —como ha observado con certeza un crítico famoso— más vale que un mar de agua clara... El noventa y nueve por ciento del dudoso crédito que goza en nuestros días la filosofía, y tanto más mientras se encaje en las cápsulas más herméticas y más rigurosamente inútiles del así llamado lenguaje técnico, viene de allí.

Decid una cosa profunda de manera llana y agradable, y todos los necios, a quienes brindaréis finalmente la satisfacción de comprender algo en una idea ajena, no querrán dejar escapar la hermosa ocasión de demostraros que pueden subirse sobre vuestra cabeza para *refutaros*. Repetid una vanidad cualquiera, una de las tantas trivialidades del sentido común, pero envolvedla en las más abstrusas fórmulas de una cualquiera jerga científica, de suerte que se pueda ir cuchicheando que: "sólo tres o cuatro personas en toda Europa son

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

capaces de entenderos plenamente" y la gran legión de los fatuos os pondrá sobre las estrellas para hacer creer que pertenecen al cenáculo de los contadísimos exquisitos catadores. No hay nada más trillado que la falsa aristocracia. La verdadera, por lo común, alcanza sólo a hacerse crucificar. No se crucifica a una persona a la cual no se le entiende el lenguaje o la bibliografía alemana; se entroniza, más bien, en una cátedra universitaria.

Así y todo, ¿quién tendrá, más que nadie, la manía de "razonar en difícil" sino aquél, como el beodo, que no sabe, ni puede, hilar en derechura tres proposiciones seguidas? ¿Quién tendrá más interés en hacerse elegir presidente de la sociedad de los caballeros sino el rey de los bribones?, pregunta Alain en un célebre "propos".

En nuestros días es difícil que una persona culta e inteligente, amén de dotada para el arte, quiera tempranamente encaminarse por la carrera artística pura. Salvo, bien entendido, los casos excepcionales de las vocaciones artísticas irresistibles. No olvidemos, empero, que los manicomios están repletos de vocaciones irresistibles...

Yo estoy lejos de tomar por buena la distinción que hállase en boca de todos los pintamonas: a saber, que la habilidad manual es cosa de contarse por menos que nada. Por el contrario, me he criado en la convicción de que, para ser pintor, es necesario ante todo saber diseñar y pintar. Pero igualmente cierto es que ello no es suficiente para pintar *bien*. Y como quiera que, por su parte, la inteligencia sola no es suficiente, de ahí el misterio del por qué la naturaleza sea tan recatada en dar en la tecla de un artista auténtico y del todo acabado.

En otras épocas históricas, más directamente influenciadas por la fantasía en la política, en las ciencias, en la vida, magníficas perspectivas de carrera y de buen éxito abríanse espontáneamente ante los artistas. Toda una pléyade de buenos mediocres (eran aquellos aprendices —"aiuti di bottega', para decirlo con la terminología del Renacimiento italiano— que se llamaban Boltraffio o Andrea del Sarto, Pordenone o Bronzino...) podía ser atraída por el ejercicio profesional del arte. Delante de sus facultativos, en efecto, se inclinaban el juicio y la admiración del público y abríanse de par en par las puertas doradas de templos, cortes y palacios. El artista empezaba bien remunerado y remataba en todo un señor.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra

Actualmente, en cambio, ¿qué muchacho, dotado cuanto se quiera de talento, al paso que no desprovisto de ingenio y de cultura, que, desde sus primeros años, piense en dedicarse al arte pura? En el noventa y nueve por ciento de los casos (y el que queda lo dejamos para el genio, que —ello— hace excepción a todo, y —bien entendido— en primer lugar a las reglas) si está naturalmente predispuesto para las artes plásticas, haráse arquitecto o escenógrafo; si tiene talento para la música, se convertirá en director de radio y no en compositor, y si tiene condiciones para las letras, en periodista. El avispado mozo de hoy sabe demasiado bien que solamente el ejercicio de una profesión libre puede otorgarle el lujo del culto del arte puro, levantado en toda puridad en el fuero interior del alma, y rigurosamente al margen de toda ocupación lucrativa, y, por lucrativa —justamente— avasallada y avasalladora.

Hablando específicamente del pintor —el que por ventura nos propone el caso más característico e instructivo— difícil es imaginar que un muchacho, dotado de un verdadero y versátil ingenio, un muchacho que no viva de ingresos —se entiende— (sino toda nuestra argumentación se viene abajo) se quiera poner en la vía crucis de la pintura pura, donde, al cabo de una larga escuela de aprietos, de luchas y de transacciones para abrirse camino entre charlatanes o arrivistas, lo mejor que puede esperar no es sino la clásica buhardilla de Mont-Martre y la gloria póstuma del vendedor de cuadros enriquecido a sus espaldas.

Concurren, en cambio, a las academias todos aquellos que, faltos de cualquier recurso intelectual o material, pero dotados de un talento fácil y visible desde los garabateados pupitres de las escuelas primarias, se encuentran en el caso de deberlo aprovechar, sacando todo de ahí.

Estos mismos, una vez salidos de la escuela con su flamante diploma de profesores de dibujo bajo el brazo, de no haber sido empujados a la ilustración publicitaria o periodística por la felicidad y fecundidad de la mano —ya que, a decir verdad, no es poca la que por eso se requiere— quedarán como sacerdotes y custodios del arte puro. Estos mismos, con la única excepción de aquel artista sobre mil que se sale de sus filas, forman los batallones compactos de los mediocres y de los fracasados que pueblan todas las exposiciones.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ahora bien, nadie más que ellos está predestinado a sufrir la seducción de las "ideas nuevas", de las "escuelas innovadoras", de los "programas revolucionarios", de la reluciente quincallería, en suma, de la falsa cultura. Las incomprensibilidades más alambicadas, los esnobismos más rancios —ya que no hay nada más añejo que la afectación, y cada época tiene los mismos, mismísimos fanáticos de la efímera moda— serán su pan. Estos mismos, más que cualquiera, han menester de *demostrar* su cultura. Es lógico, a la postre: quien la tiene la muestra; sólo quien no la tiene está abocado a *de-mostrarla*...

Y he ahí, entonces, la barbarie... Pues la verdadera barbarie es la cultura a medias; la simple ignorancia, como todo lo virgen, es inocente.

Los bárbaros viven en medio de la civilización; los rozamos todos los días por las calles, por donde andan con su infaltable libro bajo el brazo. Ya que habréis notado que son siempre grandes compradores de libros, aun cuando simples lectores de diarios... Los bárbaros, ya se sabe, tienen de muestra sobre su mesita de noche los Diálogos de Platón; a breviario de cabecera no se conformarían con menos por todo el oro del mundo! Los bárbaros, como los teósofos, no se contentan con el sentido, sino se sacian tan sólo con el *sobre-sentido*...

El oxfordiano, asqueado de los salones intelectuales, en donde hasta el ingenio está regulado como la dieta del diabético, anhelará tal vez los desiertos silenciosos del Africa, el primitivismo reposante de los Basutós. Pero el provinciano de la metrópoli tratará de remedar el Strand, Mont Parnasse y Vía Veneto. No hay "experimento" no hay "intento", por osado y azaroso que sea, al cual no querrá jactarse de haberse arriesgado, a costa, más tarde, de *superarlo* con otro ulterior, y otro más todavía, cuando —como es fatal— una exageración hacia un lado lo arrastrará a otra igual hacia el contrario.

Las exposiciones pululan de amigos pintores que os toman del brazo para guiaros a lo largo de los "pasos" de su *búsqueda*. "Aquí estaba buscando yo esto, allá estaba buscando aquello... Es raro. Todos hacen pintura para *buscar algo*, ¡ninguno para *expresar lo que ya tiene!*

Así las cosas, es de preguntarse quién diantre hará de explorador. Cristóbal Colón, si renaciera, no precisaría descubrir ningún continente: lo pintaría...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Naturalmente, los críticos, que son los que han creado tal mentalidad, se esmeran a todo trance en justificarla con los más sutiles argumentos. Y así el mito del titanismo iconoclasta, del quebrador de moldes, suerte de estúpido y vanidoso Sansón, demoledor de templos por el puro placer de reconstruir otros un poco más allá, viene perfeccionándose en todas sus implicaciones y cláusulas ético-sociales.

Yo, a todos estos señores, les haría una simple observación. Si el verdadero artista, si el genio, por definición *es siempre e infaliblemente nuevo*, mientras —como se torna evidente— el simple propósito de ser absolutamente originales, en sí mismo, no hace más que igualar a todos en el común intento, ¿a qué apenarse tanto? Al fin y al cabo nadie puede dejar de ver que si todos los genios son originales, no es igualmente cierto lo recíproco, que —todos los originales, ¡válgame Dios!— salen genios.

He aquí, pues, una ariostesca *ironía* que debería paralizar al heroico Sansón de marras, al campeón de la novedad y la originalidad a toda costa: la originalidad se escapa de la mano de quien la persigue y se otorga en premio tan sólo a quien no le hace caso... En un mundo hecho enteramente de "originales" todos mirarán al "pompier" como al más genuino excéntrico...

Otrora el bueno de Sebastián Bach resultó genio, y por lo tanto original cuanto hace falta, escribiendo conciertos y "partitas" *al estilo italiano* (y tenía en tal menosprecio el criterio de la novedad y la originalidad a ultranza que le sucedía dejar bajo su propio nombre, transcriptos nota por nota, los dieciséis conciertos de Marcello y Vivaldi que las ediciones alemanas publican como suyos) "suites" *al estilo francés, inglés*, etc.; Racine, componiendo tragedias sobre la pauta más convencional, Miguel Angel tratando esforzadamente de imitar a los griegos y a la Naturaleza. Hoy en día todas las exposiciones de pintores adultos rebosan de doctos infantilismos que las criaturas, ya avezadas en las malicias del siglo, imitan ventajosamente, superando en infantil doctrina a los maestros. De esta manera, a fuerza de originalidad, se trabaja a porfía para llegar a la bella conclusión de allanar inclusive los caracteres fisiológicamente distintos de la edad y los espiritualmente propios de la madurez.

Hoy los pintores que se precian de "no significar nada", de "no sacar nada" de la realidad histórica, científica o moral del mundo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

circundante, copian todos empeñosamente los mismos modelos de autores que, a su vez, "no imitaban nada", etc., etc., sino solamente copiaban de otro etc, etc., y así hasta el infinito. Semejante riguroso proceso de destilación en el vacío, lo llaman *arte puro*.

Dentro de algunos siglos, cuando un arqueólogo a quien cupiese la desventura de heredar los principios de la estética moderna, desentierre las obras maestras del arte de nuestro tiempo de bajo los escombros de nuestra civilización destruída por la matanza fractricida y la ira de Dios, descubrirá que el pintor más auténticamente *original* del siglo era aquel que pintaba los cartelones de la Coca-Cola en las cruces de las grandes arterias urbanas y de las rutas automovilísticas. "Espíritu desdeñosamente independiente —glosará, presentándolo al público en su docto prefacio— el anónimo pintor de la Coca-Cola era de los poquísimos que rehusábase prosternarse ante los ídolos del tiempo: Cézanne, Matisse, Gauguin, Dufy, Picasso, Dali, etcétera, etcétera..."

JUAN TURÍN.

Córdoba.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL "ULTIMO PURITANO" O LA TIRANIA DEL ESPIRITU

1) *La agonía de la masculinidad.*
2) *La soledad profunda.*
3) *La subordinación de la carne y los sentidos.*
4) *La insatisfacción del amor humano.*

Se ha hablado mucho de la tiranía de la carne, de la subordinación que impone al espíritu, de la humillación que para éste significa olvidarse de sí mismo, obedecer, entregar el campo a las fuerzas más bajas de la naturaleza, aquellas menos nobles y responsables. Todo ello constituye la tragedia humana por excelencia. La tragedia de los Karamazoff, del pecado y su castigo, de la sensualidad y el saber amargo, al amargo rastro que deja, el envilecimiento, la humillación, la bestialidad.

Ahora estamos en presencia de una dictadura bien diferente, de una nueva subordinación, de una tiranía que lejos de humillar es una condición necesaria a la contemplación "más elevada, sublime y audaz", como diría Nietzsche; que exalta, cristaliza, adiamantina. La tiranía del espíritu. La tragedia y la desilusión de Oliver Alden, el Ultimo Puritano. La tragedia de su soledad, de su mansedumbre y austeridad refinada, de su efectividad escondida, su ternura de sensitiva y la potencia de sus músculos. La tragedia de su amor insatisfecho, de su ternura guardada, inútil: de su ensueño jamás compartido, de su fracaso práctico, del vacío de su filosofía; la impotencia para calmar la sed de verdad de su espíritu. Es el representante, el símbolo, de la tragedia de los hombres espirituales, de los que se niegan a conformarse con los aspectos, de aquellos para

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

quienes ya vencidas las ciudadelas de la carne y los sentidos no alcanzan las cumbres de la revelación y la contemplación místicas.

La tragedia comienza cuando una célula romántica resuelve vivir sola, separada, empresaria, e impone a todas las demás, al minúsculo organismo en formación la inquietud, la soledad, la fuerza de la masculinidad. El último de los Puritanos será varón. Será un chico, un muchacho. En vez de la charla amable, la dependencia, la puerilidad, la dulce maternidad (esa compañía física, ese vivir en varias personas, ese amarrarse al mundo y a la vida) su herencia será la responsabilidad, la soledad, la resistencia que el hecho de ser varón supone.

Será naturalmente tierno y manso, pero esta mansedumbre y ternura serán celosamente guardadas. Los sentimientos delicados, el refinamiento y el aseo moral continuarán siendo el eje de su mundo, pero aquella ternura, indiferencia, desmoronamiento interior, aquel recostarse contra el sueño y el ensueño, serán siempre encastillados en sus límites precisos, en el mundo del espíritu y del abandono, jamás en la vida real, donde gracias a un colosal esfuerzo de su voluntad permanecerá altivamente atado a la noria del deber, con su cuerpo delgado y esforzado en el sport. Porque nadie será menos afeminado y expresivo que él; nadie claudicará menos de sus privilegios de varón, de sus derechos a hacer el San Sebastián, sonriente y sano, e interiormente, en una celda secreta y profunda en su alma, somnoliento y ansioso; de sus derechos a vestirse así, con aquella sobriedad, y a sufrir el frío y el calor, y a realizar serenamente el esfuerzo, el esfuerzo colosal, enorme, que es vivir para aquella delicada, soñadora naturaleza. Nadie se vedará tanto como él toda fantasía del gusto, extravagancia o amaneramiento, ni huirá de todo lo que pudiera parecer una debilidad evidente, una claudicación, un momentáneo abandono.

Más tarde, cuando el vivir resulte demasiado cargoso (el vivir, la farsa, la mentira, la historia, la comparsa) cuando ante lo ilusorio, espectral de todo lo demás, la materia y sus leyes le resulten una isla rocosa en medio de las olas caprichosas e inconstantes y misteriosas, se irá a remar, a realizar un esfuerzo agotador y tenaz, un esfuerzo como solo lo puede realizar un hombre. Se protegerá en la coordinación perfecta de los movimientos, en la seguridad, verdad,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

realidad clara y firme de esa mecánica humana de su propio cuerpo y de sus propios músculos. Y todo ello, el dolor y el consuelo, estarán tan lejos de la dulce gracia, muelle paz de todo lo femenino, como el problema de su espíritu; como su misma soledad viril.

Porque su vida, desde el nacimiento en la vieja casa de ladrillos rojos y columnas blancas de Nueva Inglaterra hasta la muerte sin gloria, obscura, después del armisticio, será una larga soledad, provocada por su dificultad de conexión, de penetrar en la malla de una existencia cuyo sentido no comprende o se niega continuamente a comprender.

En el colegio dirán que es pretencioso, afeminado y snob. Ni aun la timidez y la mansedumbre y la pericia en el boxeo harán cesar el recelo. En todas partes será un extranjero. En todo este mundo, movido por el deseo, por el capricho, por la concuspicencia, por el entusiasmo, que nace y se esfuma como una fiebre de primavera, será siempre un extranjero. Siempre será sospechosa, extraña, la constancia, la continuidad en la conducta, la fidelidad a la intención primera, el principio moral condicionando todos los actos, el presente y el futuro, toda su mecánica vital. En este mundo embriagado, su claridad y exaltación, su desolación y lucidez serán siempre extranjeras. Su ternura delicada y temerosa, que apenas se anima a ser sugerida, no será interpretada por quienes viven entre las morisquetas.

El perdón será para él la forma más frecuente de amar. Tendrá que perdonar que los demás no hayan sido hechos de aquella su sustancia etérea, sutil y noble; que no sean sino una aleación en la que el metal noble nunca esté puro. El amor y la amistad serán eso para él: perdón.

Los tiempos dejarán sobre su corazón la compasión, no la alegría, del amor.

Y es natural que así sea. Ese su amor descarnado, puesto en cosas humanas no podrá ser nunca un amor gozoso, no podrá ser otra cosa que una gran benevolencia, compasión, una desesperanzada ternura. Ese amor sereno, lúcido, pleno de caridad, preciosamente generoso, es demasiado inhumano, demasiado musical, sublimado...

La incapacidad para las pasiones naturales —pasiones de la car-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ne tanto como del espíritu, sino más— y esa perfectabilidad para los sentimientos sublimes y sublimados, para la generosidad y pureza menos frecuentes, le impiden la reciprocidad en las relaciones humanas, a menos que se conforme (como lo hace) con cobre a cambio de oro.

Le velan su visión del mundo humano al par que le abren de par en par las puertas de la contemplación filosófica. Ahí está en su mundo, en el mundo de las ideas puras, de los conceptos incontaminados. Siente como si en esta tierra apasionada, embriagada, extraña, como si en este páramo desolado, obscuro, se hubiera encendido una gran fogata llena de luz y de calor, que hiciera retroceder las sombras. Su alma queda en suspenso, un rocío consolador parece descender sobre ella cuando lee a Schopenhauer; cuando lee como la voluntad detiene su curso, se esfuma, desaparece, se deshace, y entonces el mundo se convierte en una colosal Idea... Como todo se transfigura y se vuelve hermoso...

¿Y qué significa aquello sino lo que ya ha sucedido en su alma, en él mismo? El triunfo de la Idea sobre la Voluntad, del Conocimiento sobre la Vida...

"En algunos hombres —dice Schopenhauer— el conocimiento se emancipa de esta servidumbre, logra sacudir su yugo y libre de todos los fines de la voluntad puede subsistir por sí mismo como espejo claro y limpio del mundo..." Y después "... por esta especie de conocimiento, cuando reacciona sobre la voluntad, podemos llegar a la abnegación que es el último término o, mejor dicho, la esencia íntima de toda virtud y de toda santidad y el medio de emanciparnos del mundo..."

La abnegación... La idea da vueltas en su espíritu. El concepto es sublime, seductor. Ya se sabía consagrado él mismo a la comprensión universal, la justicia, la ternura. ¿Sería eso la abnegación? En su caso lo era. No transigir con la hipocresía, con la farsa, con el engaño, ya lo era. No hacer alianza con los embusteros en un mundo donde no podía elegir más que entre ellos y la soledad, era abnegación.

El vicario de Iffley, evangélico y poético como las piedras góticas verdes y musgosas de su vicaría, le dice una vez: "Sí mi querido Oliver, Vd. es un hombre espiritual. Es un gran privilegio; un privi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

legio trágico. Pues así como el hombre simplemente natural acaba trágicamente porque el espíritu queda en él estrangulado, así el hombre espiritual vive trágicamente, porque su carne y su orgullo y sus esperanzas se han marchitado en hora temprana bajo los rayos candentes de la revelación".

Y aquella herencia del espíritu —y esto lo sintió más claramente que nunca el vicario, frente a aquel adolescente elegido, aquel chico profético, que le escuchaba con el alma abierta y anhelosa— era una hacienda cargosa, un trágico privilegio. Ahogaba en su potencia las pasiones naturales, dificultaba su libre juego con su mecánica pesada y profunda. Hacía a quienes la poseían demasiado ineptos para soportar la fealdad, la bajeza, la lucha y la mentira. Los preparaba demasiado bien para el dolor para que pudieran soportarlo demasiado tiempo; para que la carga que resulta vivir no los agobiara.

Es una carga demasiado pesada esa necesidad imprescindible de ser verídico, de ser justo. La serenidad, la calma no puede ser más que aparente; sólo dominio de sí mismo, control, elegancia. Tiene que haber una disconformidad profunda con el mundo humano, con el mundo de los aspectos; aquel de la historia, de las pasiones, de las glorias falsas o verdaderas. Una profunda repugnancia hacia aquella opereta que se representa diariamente, en la cual los demás parecen complacerse.

Nada más lejana de aquella calma que la complacencia, la conformidad con los aspectos. Ni siquiera en el arte. El arte no acaba de convencer al espíritu; el arte es ficción. Es una divina ilusión. Y ninguna ilusión satisface al espíritu. El espíritu quiere continuar; quiere superar los aspectos, quiere alcanzar la verdad, ni hermosa ni fea o de una hermosura especial. Tiene sed de verdad. Y ese es el drama en el caso de Oliver Alden, el Ultimo Puritano: tropieza con los obstáculos que lo separan de ella, se lastima con ellos.

El arte sólo es un consuelo y a veces ni eso; es un juego de luces; deja entrever la verdad un instante y después la disfraza. Apenas se ocupa de ella. Pocas veces alcanza una seriedad, austeridad, nobleza como para seducir al espíritu exclusivamente. Muchos, en cambio, halaga la sensualidad. "Pues haz de saber —dice Sócrates a Fedón— que nosotros los poetas no podemos andar el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

camino de la belleza sin que Eros nos acompañe y nos sirva de guía... ¿Comprendes ahora cómo nosotros los poetas no podemos ser ni sabios ni dignos? ¿Que necesariamente hemos de extraviarnos, que hemos de ser necesariamente concupiscentes y aventureros de los sentidos?"

No, el arte no podía satisfacerle por entero. Estaba como saturado de las pasiones humanas; eran ellas que continuaban viviendo en él, con excepción de algunas páginas de música. Y entonces el arte resultaba también extraño, una droga más, un nuevo aspecto, un velo pintado...

En cuanto a la carne y a las esperanzas se marchitan en hora bien temprana. Toda la potencialidad de la fuerza de su espíritu abandonada de agresividad instintiva, audacia exterior, voracidad emprendedora, se realiza en él mismo, en la domesticación de su cuerpo y de sus sentidos, en la subordinación impuesta a la carne, ya sin rebeliones. Se le confundiría con un Cristo Toledano, tan flaco, descarnado, enjuto, es.

Hasta sus manos, llagadas por el remo, imitan las sangrantes heridas divinas. Es el holocausto hecho al espíritu. El hombre cuya vida es un renovado holocausto, cuyo cuerpo no es otra cosa que el vaso del sacrificio. El sport ha reemplazado en este caso al cilicio; el cuarto de estudio a la celda monástica y el gimnasio a los castigos y maceraciones. Pero el resultado es el mismo: Oliver Alden, un asceta.

Pero aquella servidumbre del cuerpo, aquella flacura, castidad, no es la consecuencia de la visión mística ni de la exaltación lírica; el fuego de la creación espiritual no ha consumido aquellas grasas.

Es el espíritu, su propia potencia, que así se manifiesta. La imposibilidad, la inhibición de la carne para ser otra cosa, encerrada como está en aquella cárcel, sometida a servidumbre, derrotada; la impotencia para el entusiasmo, para la sensualidad desaprensiva, para la embriaguez de la vida, son los culpables de aquello. Aquella herencia suya, aquella necesidad de ser íntegro, de ser puro: aquella sed de todas las perfecciones: aquella especial sustancia de que está hecho...

Ya comienza en la adolescencia aquella subordinación del cuerpo. El remo, la natación y la equitación, el sport, el esfuerzo físico,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

acaban con los últimos vestigios de línea ondulante y femenina; desaparece todo rastro de niñez, de cupidismo; la diferenciación sexual se acentúa. Ha abandonado todo lo que pudiera tener de común con las mujeres; toda tentación de ser grueso, sensual, feliz, enamoradizo. Se ha ofrendado a sí mismo.

Como dirá más tarde el vicario Darnley, todo no es posible a la vez. No se puede ser simultáneamente un atleta, un soldado, un amador de mujeres y un hombre espiritual. "Tenemos que elegir lo que preferimos sacrificar; la cuestión es elegir con pleno conocimiento de uno mismo".

Y Oliver elige, con pleno conocimiento de sí mismo. Elige el espíritu.

Sin embargo hay algo a lo que no puede renunciar, a lo que no quiere renunciar: el amor!

Mientras está en Harvard, siguiendo cursos de filosofía, lee a Platón y compone una tesis. Santayana, el profesor, se fija entonces en él. Santayana, el filósofo, nuevo Diógenes, descubre un hombre. (Si alguna vez escribe una novela será la historia de este muchacho su punto de partida. La odisea de este espíritu).

Platón, dice Oliver, no sabía nada del amor.

En "El Banquete" no se habla sino del deseo. "El amor —escribe— es totalmente distinto del deseo y desprovisto de todo egoísmo. Puede resignarse a permanecer ignorado del objeto de su amor y contentarse con saber que aquél es noble y feliz". "Platón trata de demostrar que se puede sentir deseo por toda suerte de cosas superiores, empezando y acabando por lo bello. No obstante estas pasiones superiores se reducirán siempre a un deseo, susceptible de satisfacerse por la posesión, en una especie de orgasmo". En cuanto a la Idea Absoluta de la Belleza, si ello significa la perfección de cada criatura según su propia naturaleza, se me ocurre que el deseo o apetencia de ella sería realmente idéntico al amor". "Pero —agrega Oliver finalmente— me gustaría que Platón hubiese puesto en claro que el amor desinteresado puede ahuyentar el deseo en todas las fases y niveles de la vida y no solamente en las cimas de la filosofía".

Sin embargo, cuando todavía en el preludio y ya casi en el ocaso, se llega hasta su Rosa de Inglaterra, con unos versos y un permiso

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de matrimonio en el bolsillo, ¿qué fuerza lo mueve? ¿qué especie de amor?

Los tiempos han dejado sobre nuestros corazones —le dice— la compasión, no la alegría del amor.

Y cuando ella le dice que no, cuando ella elige quedarse parada, preciosa, delicada, shakespeariana, bajo el rosal alto como un arbusto, y un cielo de nubes, él siente que la tensión ha disminuído, que la comedia ha terminado. Se siente libre, "en la compañía monótona e inexorable de las cosas reales". Se siente desolado y libre, y aquello es mejor que sentirse engañado, jugando su papel.

Había amado su propia inspiración, la poesía, el lirismo, que ponía en los afectos. Es incapaz de la divina locura de que habla Platón; es incapaz de entregarse, de sumergerse en una pasión. Ni Rose, ni Edith, ni ninguna mujer, ni nadie ni nada podrán satisfacerle por entero. Sólo el amor divino...

¿Y si aún ese amor divino, ese Ser divino, fuera una ilusión de su espíritu? No importa, la fuerza que lo impulsa a El, la necesidad, el ansia que de ese amor tiene es suficiente...

Oliver Alden se siente liviano, como si se hubiera despojado de un enorme peso; camina ágilmente por entre los charcos, siguiendo los senderos que los costean, que costean los campos de la Inglaterra inundada. Se ha roto el último lazo que lo unía al mundo de los hombres, de los aspectos, de la esperanza. Sobre él desciende una paz desconocida. Va al encuentro de algo más puro y armonioso; camina en la compañía de las cosas reales. Es libre. Está solo para siempre. La esperanza ha sido superada...

MARIANO DE ZAVALLA.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿ES POSIBLE UNA UNION LATINA?

Las respuestas de dos ilustres pensadores, María Zambrano y Aníbal del Campo, se agregan a las ya publicadas de Américo Castro, Renato Treves, Francisco Ayala y Norberto Pinilla, a quienes el Dr. Héctor Rossi replicó en un interesante trabajo aparecido en "Italia Libre".

Nada más difícil que la objetividad en Historia. La fe, si se tiene, y en su ausencia los sentimientos y aun las simples emociones, decidirán. Y así debe ser, puesto que la Historia es creación del hombre, su realidad brota de los sueños, y aquello que un día fué solamente delirio, voces o visiones percibidas por una humilde criatura o por una masa despreciada, viene a ser verdad. Según dice el más genial de los personajes galdosianos: "Las verdades han sido antes mentiras muy gordas".

La historia se hace con sueños. Pero los sueños que hacen la historia han de reunir determinadas condiciones, hasta ahora no diseñadas por ninguno de los grandes historiadores e historiógrafos, que sepamos. Percibir y apresar las condiciones que hacen valederos los ensueños, el "a priori" de la creación histórica, sería bies necesario, aunque como todas las cosas necesarias, extremadamente difícil, o lindando con lo imposible.

Mas, no sólo los ensueños intervienen en la creación histórica; aunque no en la medida en que lo creyera el ingenuo racionalismo, interviene también la conciencia. Conciencia es visión, que abarca desde las "visiones" arrematadas, primera forma en que el ensueño se hace consciente, hasta el escrutinio y el examen, en que el ensueño puede disolverse. Sin un ensueño o visión previa, el examen de la historia es simplemente destructor y todavía más: no alcanza ningún género de conocimiento verdadero. Conocer la historia solo es posible cuando se capta su sentido, es decir, cuando lo que se mira objetivamente, es cuestión personal. Solo la personal historia universal es legítima.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y pocas cuestiones que nos sean más personales que esta que la encuesta de INSVLA nos plantea. Contestarla cumplidamente sería escribir un libro... o varios.

La encuesta señala la cuestión de una posible "Unión Latina". Mas, para que tenga sentido y eficacia, ha de ser la manifestación política de un destino histórico. ¿Tenemos fe en él, en los que de un modo o de otro, pertenecen a la secular cultura mediterránea? ¿Sentimos su unidad más allá y por encima de las discordias últimas? ¿Tenemos ensueños comunes en cuanto a nuestro porvenir; tenemos conciencia de ellos o estamos devorados por el análisis, ese que se opera en frío sobre un cuerpo muerto?

Estas preguntas llevan consigo otras más amplias. ¿Tenemos conciencia y anhelo de la unidad de Europa? Uno de los peores males del nazismo ha sido, sin duda, enturbiar y aun contaminar, obscurecer de muchas maneras, la conciencia que en Europa estaba alborando en las gentes mejores, de la profunda unidad europea. "Europa es un equilibrio", ha dicho Ortega y Gasset. Equilibrio de diversidades y aun de discordias. De ahí, que la vida en ese frenético Continente haya sido tan azarosa, tan "en peligro": nadie como el europeo ha vivido en peligro, sin proponérselo. El nazismo, al extremar demoníacamente este peligro, puede haber producido un serio trastorno en el difícil equilibrio europeo, puede haber dejado una sombra de horror ante toda posible unificación. Mas, por otra parte, los europeos —incluídos los mediterráneos— hemos padecido un amor hacia Europa, inédito antes de la pesadilla. Amor lleno de visiones y engendrador de conciencia.

¿Será este amor indicio de la persistencia, de esa unidad viva, creadora del equilibrio? El nazismo, sombra demoníaca de Europa, quiso sustituir la unidad del equilibrio por la unidad de la violencia. De triunfar, Europa hubiera sido aniquilada en sus raíces y estructura más íntima.

Y hemos de reconocer que la forma totalitaria mediterránea no comportaba inicialmente tanta demoníaca violencia "unificadora". Y es que el Mediterráneo es demasiado viejo, posee demasiada experiencia histórica para caer, aun en sus peores momentos, en el absolutismo propio de los advenedizos. En cambio, el peligro de la cultura mediterránea estriba en su relativismo, en su escepticismo: relativismo que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puede encubrir un tesoro de cordura y flexibilidad. ¿Por qué no esperar que caiga una especie de costra, dejando al descubierto la sabia mesura, la medida imponderable y la gracia inmemorial? Los momentos difíciles en la vida personal y en la historia requieren inspiración, inspiración que viene a menudo de un largo pasado. A las culturas mediterráneas jamás les ha faltado esta inspiración ancestral, semidivina en trances de vida o muerte. Tras de la máscara, la grotesca máscara del fascismo italiano, ¿no puede asomar un rostro? Francia asoma ya, pues que ha sabido de nuevo derramar su sangre y eso era, sólo eso, lo que le faltaba: encontrar de nuevo el sentido y el valor del *sacrificio* que la sangre, mejor que nada, representa.

Y España, el otro gran país del Mediterráneo, ofrece, creo, menos dudas. Su ímpetu, su infinita vitalidal y brío se han manifestado. Su sangre ha corrido una vez más en el delirio, si se quiere. Delirio: quimera, es decir, ensueños frenéticos, son su historia. Vida en los linderos siempre. España entre la vida y la muerte, entre dos mundos, en agonía, y en aurora del Nuevo Mundo, ¿no lo habrá estado también ahora?, en un nuevo mundo, hijo del dolor y la experiencia, madre de este "parto de la ceniza y de la muerte".

Y en cuanto a América, a la América de habla española, ¿qué decir? Será lo que ella *quiera* pues está en un trance tan feliz de su historia en que querer es poder. Cuando los triunfadores escupen al rostro de los vencidos esta frase: "querer es poder", suelen no tener razón, pues la vida suele ser querer mucho para que allá a lo lejos, de un modo indirecto y a veces invisible, aparezca algo de lo que se ha querido. Mas, existen momentos privilegiados en la vida de las personas y le los pueblos. América vive uno de ellos, y ella podrá lo que de veras *quiera*.

María Zambrano.

La Habana, 10 de agosto de 1945.

—O—

Montevideo, junio 11 de 1945.

Señora Renata Donghi de Halperín.

De mi mayor consideración:

Debo solicitarle me dispense por mi tardanza en contestar a su carta del mes pasado, donde tiene la gentileza de solicitar mi opinión

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sobre la proyectada unión de los pueblos latinos. Le daré a Vd. de una manera muy general mis impresiones al respecto, evitando sobre todo cualquier reserva mental que la delicada situación que estamos viviendo pudiera sugerirme.

Es indudable que toda gran transformación política, fundamentalmente los desplazamientos del poder público que sobrevienen a raíz de una guerra, traen como consecuencia un fortalecimiento y potenciación de ciertas dimensiones culturales a expensas de otras cuya esfera de acción disminuye y cuyo influjo decae. Existe un cierto efecto coercitivo de los hechos externos sobre las actitudes y los estilos espirituales, que por sutil no deja de ser tan trascendente como el que se opera en el dominio de las soberanías histórico-políticas o de gran las disponibilidades económicas. Todo sucesivamente espirituales. envergadura tiene también implicación hay razones para pensar que

Vistas las cosas desde este encierra en el plano espiritual una la terminación de esta guerra vida que la latinidad ha cultivado. En amenaza contra el estilo de indudable que si bien los triunfadores la primera guerra mundial es indudable fue victoria su significación fueron muchos, fué Francia la que dio a la victoria alcanzó y ascen- espiritual y la que extrajo para sí en ese plano, en inmediata batalla el dencia moral, el máximo de ventajas. Sobre el campo de esta consa- mundo entendió, particularmente el mundo latino, que se había consa- grado la validez de una concención de la vida que Francia encarnaba. La latinidad entera se sintió iluminada en su propio destino y consolidada en su vocación espiritual y cultural.

Ahora las cosas son muy distintas. No sabemos si entre las causas de la derrota francesa es necesario contar precisamente el crédito excesivo que la victoria arrojó sobre un régimen externo de vida ya virtualmente invalidado. Pero sabemos si que la derrota prematura de Francia, los últimos acontecimientos lo están probando, ha traído la disminución considerable de su influjo internacional y con él el de su prestigio cultural, que es un poco el prestigio cultural de la latinidad. Aquí en la América española lo sentimos. La reacción pragmática de la masa, lleva a una sobreestimación puramente sajonmática de la masa, lleva a una sobreestimación del modo anglosajón de vida y de cultura, que sin desconocer sus méritos propios, sostenemos, es medido y valorado sobre todo con el patrón exitista de la victoria y del poder.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Fuerte peligro es este, de artificialización y enajenación de sí mismos, sino no se le compensa con un esfuerzo reflexivo y deliberado de acercamiento a las fuentes inagotables de nuestra espiritualidad. En este sentido sólo merece aplausos la Unión-Latina, porque puede también como tal unión cultural, poner un freno a los entregamientos espirituales y hacer menos inclinado el plano que pueda conducirnos a la pérdida de nuestra individualidad cultural. Esto, claro está, en el ámbito estricto del espíritu y de la cultura, puesto que considero que la unión política como tal, bajo forma confederativa, especie de Commonwealth de naciones latinas, de surgir alguna vez, estaría determinada por factores estrictamente económicos y políticos, cuya coincidencia con los intereses espirituales y culturales sería más cuestión de azar y de casualidad, que del desarrollo natural de las cosas. No obstante ello, creo que la Unión-Latina concebida de otra manera más laxa que la unión confederativa o federativa, puede cobrar una significación política concreta y muy real si se reduce al campo de las aproximaciones internacionales.

Existen ciertamente factores políticos concretos a cuya luz puede ser examinado el sentido y la oportunidad de una unión latina así entendida.

Sabido es que el mundo ha de salir de este conflicto con determinantes políticas totalmente distintas a aquellas con las cuales entró en el mismo. Quiérase o no admitir la política de las zonas de influencia, éstas subsistirán por la naturaleza misma de las cosas, mientras la organización político-internacional sea la que todavía poseemos. A nadie escapa cuál puede ser la que habrá de corresponderle al poder quizá más dinámico que verá surgir el mundo de la posguerra; a Rusia: Europa Central, los Balcanes; Turquía mismo. Me remito sobre el particular al sugestivo libro de Walter Lippmmann, "U. S. Foreign Policy". Agueguemos la política pan-eslava, la natural gravitación sobre las zonas limítrofes, moderada más o menos por las necesidades de la paz o las coyunturas internacionales del momento. La geografía ha de imponer su ley ahora y siempre.

Estados Unidos tendrá que hacer frente a este mundo acrecido en potencialidad real y virtual desde el punto de vista político-militar, con un acrecentamiento correlativo de su influencia política y econó-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mica. El dominio de la misma está marcado también indefectiblemente por la geografía: Sudamérica y quizá China.

Pero, ¿qué hay de Inglaterra? De las tres grandes naciones triunfantes solo ella sale del conflicto en estado de equilibrio instable. Las otras ascendentes; ella descendente, si no en su prestigio, por lo menos en su potencialidad. Su propósito ya ha sido varias veces formulado, véase el libro citado de Lippmann o el Hancock, "Empire in the Changing World". Constitución bajo su dirección de una comunidad con las naciones del Atlántico oriental. El influjo británico sobre la costa occidental y meridional de Europa y sobre las posesiones coloniales de estos países es vital para la suerte del Imperio. En los dos continentes, en América y en Europa, la dirección de las fuerzas internacionales es, pues, hacia la subordinación le la vida política latina al influjo directivo anglo-sajón. La latinidad está expuesta a perder su fuerza política; sólo conserva su fuerza espiritual. Pero el espíritu tiene también sus condiciones materiales de existencia, tanto en la vida individual como en la colectiva. El dilema es pues el siguiente: ¿se resigna la latinidad a una mediatización definitiva de su destino político que puede hacer peligrar su destino cultural, o consciente del mismo, de sus valores espirituales y también de sus intereses vitales, se une, agrupa sus fuerzas morales y reconquista o por lo menos defiende, el puesto que se halla inmediatamente expuesta a perder? Si ese es el sentido espiritual y político de la Unión-Latina, que ella sea bienvenida.

Quedando desde ya a sus amables órdenes, la saluda con su consideración más distinguida.

ANÍBAL DEL CAMPO.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA ESTELA EN EL TIEMPO

John Masefield

LA POESIA
II

Desde Dante traspondré muchos siglos, hasta llegar a la figura de Esquilo, cuya obra consideraron los antiguos como "migajas del banquete homérico", es decir, como brotes nacidos sobre el cuerpo de la leyenda nacional griega; y especialmente sobre ese tema de leyenda nacional de que el crimen acarrea el castigo, y de que todo acto de violencia, por ser un desafío a los dioses, da nacimiento a algo que *nunca olvida,* que no descansa ni se apacigua hasta que la violencia queda vengada.

Este es el asunto de su trilogía de *Agamenón, Las Coéforas* y *Las Eumínides:* de *Los Persas,* que con tanta insolencia se lanzaron contra la Hélade y debieron volverse con tanta ignominia; y de aquella otra obra, más extraña aún, *Prometeo encadenado,* en que el desafío lo lanza un Titán que ha protegido al hombre contra la voluntad y los designios de Zeus.

La estructura de la Trilogía tiene cierta semejanza con la de la *Divina Comedia. El Agamenón* muestra el hogar de Atreo envuelto en lazos de sangre y maldad, preso por las garras de una maldición que lanza nuevas maldiciones al futuro. En *Las Coéforas,* actos terribles cometen los hijos contra su madre, aunque con alguna esperanza y fe en el perdón. En *Las Euménides,* la larga cadena de caviloSas maldades y honores se eleva a un éxtasis gozoso que es uno de los más felices momentos de toda la poesía.

Como la mayoría de los grandes dramas del mundo, también éstos tienen por tema la ejecución de la justicia, una de las más delicadas cadenas de la sabiduría, que se manifiesta en ella clarísimamente como atributo de Dios.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Los dioses hacen justicia. Sus instrumentos son hombres y mujeres; y éstos, realizándola, suelen cometer actos terribles, que a su vez dan vida a los poderes que nunca duermen, y al fin otra justicia se cumple sobre los provocadores. La justicia debe realizarse; pero es peligroso intentar cumplirla sin auxilio divino.

Para Esquilo, este mundo de hombres y mujeres es sólo la parte visible de un mundo real e infinitamente grande y perdurable, en que las fuerzas espirituales mayores y menores auxilian y castigan al hombre, y en que las proyecciones espirituales de las acciones humanas perduran como cosas vivientes hasta producir sus consecuencias.

El hombre de Esquilo está preso en una trampa de eternidad; su propio pasado y el de sus antecesores lo envuelve como una red, y los hechos de su presente lanzan nuevas mallas al futuro. Sólo manteniéndose en un simple y recto camino de justicia es como puede el hombre evitar que la muerte extravíe sus pasos. Por la rectitud y la sencillez puede el hombre alcanzar, en este mundo, tanto la alegría como la seguridad.

Para Homero, el relato de la muerte de Agamenón a manos de su esposa es la horrible historia de una mujer, que no era por cierto una dama, ya que no vaciló en alzar el hacha contra su marido, y que era verdaderamente impía, ya que se negó a cerrarle los ojos después de muerto. Para Esquilo es el converger de consecuencias de muchos actos terribles, que originan a su vez muchas otras consecuencias. Al penetrar en el asunto de esa leyenda, Esquilo penetró en un mundo espiritual de tan viva existencia, que, después de dos mil años, todos conocemos a fondo su verdad. Cuanto supo Esquilo de ese mundo, lo sabemos nosotros, en alguna medida, a través de él. Para Esquilo, el relato mismo, y todos los caminos que a él llevaban, estaba animado de presencias espirituales; y en el cuerpo de la leyenda los espíritus malignos habían alcanzado tal desarrollo, que la intervención divina sólo pudo reprimir su codicia, anularles el poder y libertad a sus víctimas.

Nada hay más alucinante en la poesía que ese andar a tientas entre las tinieblas de la Casa, llegando cada vez más lejos, hasta que se revelan todas las causas del pecado. En el primer monólogo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de la obra, se dice que la Casa misma hablaría con más verdad si tuviese lengua. Se nos dice que hasta el grito del buitre a quien roban la cría es oído por uno de los Altísimos en la eternidad, Apolo, Pan o Zeus, que lanza contra los agresores a las Furias vengadoras; ni lágrimas ni sacrificios aplacarán su cólera. Hay un coro extraordinario que es como el grito de los buitres "con dolor por sus hijos, elevándose desde los nidos en rápidos giros, impulsados por el remo de las alas", en el cual se declara el pecado de Troya, y aquel otro pecado de Agamenón, que dió muerte a su hija para hacer mudar los vientos, de suerte que la flota pudiera zarpar rumbo a Troya. De ese pecado queda —dice el Coro—

> 'queda la horrible y astuta Furia doméstica recordando el crimen y vengando a la niña.

Y así como ella acecha a Agamenón, y las redes divinas aguardan las torres de Troya, así, cuando sea preciso, Dios lanzará la flecha contra Paris, y lanzará sobre los saqueadores, aunque sean inocentes, el dolor palpitante y mortal de los destruídos con Troya, de modo que necesitarán de salvadores para poder regresar a la patria. El hecho cumplido, el hecho largamente tramado, deja en libertad a vengadores y ejecutores. Agamenón, que ha obrado horriblemente, debe sufrir horrible expiación; y hay además otra expiación que sufrir por la antigua falta de su padre, que arrebató el trono de Argos al padre de Egisto.

Agamenón regresa, y lo instan a que penetre en la casa pisando sobre telas de púrpura, camino magnífico. Con esas telas purpúreas lo envuelven cuando está en el baño "de tal modo que no pudo defenderse ni esquivar la muerte, atrapado, sin fuga posible, como un pez", y entonces lo hieren de muerte con el hacha. Las telas han sido en verdad hiladas por las Furias con el antiguo pecado que mancha la Casa.

Esta muerte desata los poderes espirituales:

> El Destino aguza el filo de la justicia para otra espantosa acción, que aguzará otros filos.
> Mientras Dios permanece en su trono, mucho sufre el ejecutor.
> El linaje maldito debe ser arrojado de la Casa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Clitemnestra gobierna en Argos con su amante, pero Orestes, hijo suyo y de Agamenón, regresa para vengar al padre. Ocurre entonces una escena extraña e intensa en que, por una parte, Clitemnestra pretende propiciarse el espíritu de Agamenón con sus libaciones, y, por otra, sus hijos Orestes y Electra suplican al espíritu de Agamenón que los ayude a hacer justicia sobre sus asesinos. Es evidente, por este pasaje, que Esquilo sabía que el pensamiento intenso se eleva a un modo de eternidad en que puede comulgar con los inmortales y obtener ayuda de los espíritus de los muertos.

Orestes mata a Clitemnestra y a su amante. Luego muestra al pueblo las redes purpúreas en que habían envuelto a su padre para asesinarlo. Es éste uno de los instantes maravillosos de la poesía, unos doce versos en que se exhiben las horribles telas. De tal modo habla Orestes de ellas, que llega a infundirles vida: allí están, como un pulpo o una serpiente, pero tan siniestras que no puede uno creerlas sin vida: parecen a punto de saltar y herir otra vez. No creo que haya en la poesía cosa tan obsesionante. La toga de César, expuesta por Marco Antonio, mueve a dolor, no a espanto. Algo del horror de esas telas rojas domina a Orestes, quien pide al coro que las extienda y permanezca de pie en torno a ellas.

En el espíritu de Esquilo no cabía duda de que, para cumplir el castigo decretado por los poderes terrenos e infernales, a la muerte de Agamenón sucedería la de sus matadores. No cabía duda de que, según la ley de purificación proclamada por Apolo, el hijo debía matar a su madre, asesina de su padre.

Su penetrante pensamiento llegó también a comprobar la existencia de una ley superior a las de castigo y purificación, que sólo provocaban muerte tras muerte, maldición tras maldición. Esquilo percibió y reveló un poder más glorioso que Apolo, el dios que defendió al oprimido e infundió sabiduría al salvaje y dulzura al blasfemo. La sabia dirección de este poder lleva al atormentado y a sus atormentadores a la paz y la alegría. Cuando la gran figura de Atena aparece ante la muchedumbre, toda la maldad, la injusticia y la vileza se disipan y nace la alegría. Atena resplandece al final de la trilogía como la luz y el poder mismos. Su culto ha cesado entre

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los hombres, pero nadie puede leer lo que de ella se dice en *Las Euménides* sin sentirse llevado a la presencia de una diosa.

El último de nuestros cuatro poetas, aún más remoto en la historia, es Homero, a quien se atribuyen los dos grandes poemas de la Ilíada y la Odisea. No puedo entrar en la cuestión de cómo se crearon estos poemas. Cada uno de ellos es una miscelánea reducida a la unidad después de haber existido por muchos años en la imaginación de los hombres. La Ilíada parece provenir de una época más antigua y simple, y tiene más profundos atisbos de belleza. En la Odisea, compuesta con mayor maestría, hay menos incoherencia; yo creo que su actual forma debió de dársela un gran poeta que era a la vez un hábil y experto marino.

En cada poeta se relata la historia de un hombre; en un caso, la de un hombre impaciente, poseído por el Furor; en el otro, la de un hombre paciente, que aguarda su oportunidad antes de entregarse de lleno a su Furor. Homero habla del primer poema como si se tratara de un Furor, y del segundo poema como si tratara de un Hombre:

"Canta, oh Musa, el Furor..."
"Narra, oh Musa, del Hombre..."

Quizáis recordéis aquellos versos de Blake:

> Si estás apasionado, podrás hacer el bien, ningún bien harás poseído de la Pasión.

En la Odisea, Ulises está apasionado cuando mata a sus enemigos; pero en la Ilíada la pasión domina a Aquiles desde la reyerta del primer canto.

En ambos relatos hay muchas digresiones y añadiduras, comparaciones tomadas de otros poemas, leyendas de muchas ciudades y pueblos, fragmentos de creencias religiosas, relatos de viajes, descripciones de armaduras, copas y joyas, detalles sobre puertos y praderas, genealogías, historias de muertes y robos de ganado, y agudas observaciones sobre lluvias y vientos: mucho se habla de estas cosas, no siempre a propósito (en relación con el asunto principal), pero siempre con interés, pues cada incidente y digresión, por remotos que estén del asunto principal, han sido trabajados por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el poeta con pleno vigor, y palpitan de vida simple y robusta, a tal punto que llegan por veces a arrebatarnos. En ambos poemas hay pasajes en que, diríamos, se marca el paso. En la Ilíada, además de algunos cantos de movimiento pausado, hay fragmentos independientes, como el catálogo de las naves, que algunos consideran aburrido (como si un catálogo de naves pudiera ser aburrido), el duelo entre Paris y Menelao, y la terrible expedición nocturna llamada la Doloncia. En la Odisea hay dos asuntos entrelazados: el viaje de Telémaco y el viaje y las aventuras de Odiseo. En ambos relatos, ese marcar el paso y esos agregados ocupan unos tres quintos de la extensión de la historia, durante los cuales el asunto principal, el Furor, o los efectos del Furor, se mantienen alejados. La historia no alcanza todavía a coordinarse tomando forma y calor. Como diríamos ante un primer acto mal construído, "la obra es lenta al comienzo". Es difícil precisar la causa. Los relatos, en su forma actual, o en otra muy semejante, preparaban a los oyentes (o tal debemos suponer), por espacio de unos ocho mil versos, u once horas de recitado continuo, hasta el instante en que verdaderamente llegaban a provocar pasión y arrobamiento. Pero en ambos poemas, transcurridos, poco más o menos, esos tres quintos, se hace visible el gran poeta transfigurado, y los relatos que parecían vacilar y perderse se elevan a la unidad de la acción heroica; y entonces el poder y la belleza de ambas obras son irresistibles.

Los héroes de estos poemas no son como los que aparecerían en una novela o comedia modernas. Uno de ellos, Aquiles, es hombre irritable y feroz, sediento de sangre, fuerte y ligero como muy pocos, eximio en el manejo de la lanza, pero con el espíritu y los afectos de un niño; todos los hombres lo declaran inútil para participar en concejo. Es, con mucho, el personaje más interesante de la obra: patético en el fondo de sus sentimientos, y por eso conmovedor y hasta respetable; algo hay de noble en él.

El otro, aunque posee todas las cualidades que llevan al triunfo en la vida, coraje, astucia, tesón, prudencia, bravura, fuerza, belleza, y es diestro como guerrero, atleta, gobernante, constructor de buques y labrador, es una figura poco grata; pueden gustarnos sus cualidades, pero no él mismo.

Pero era predilecto de Palas Atenea.

Si pensamos en las primeras imágenes de esta diosa, de cuerpo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

esbelto, recto, lleno de vida, vigoroso; en esas imágenes de mirada firme, como de confianza en los propios recursos, y de ingenio activo, pronto y eficaz, en medio de un mundo de piratas, de peligros y acontecimientos inesperados, comprendemos por qué está ese hombre tan unido a esa diosa.

Ambos héroes han sobrevivido largamente al recuerdo de sus creadores y a las razas y generaciones a que pertenecieron. Viven en la imaginación como figuras más reales para nosotros que la mayoría de las que hallamos en la vida diaria. La poesía los ha elevado a su altísimo plano, y los ha pintado con tan extraordinaria pasión que son ya inmortales.

Aquiles no es más que un niño mimado, un chiquillo de mal genio que se siente desgraciado y se pone a gritar porque le han quitado su juguete. Pronto es herido, no ya en la vanidad, sino en el apasionado corazón, en lo que hay de eterno en él, y se eleva entonces en un arrebato de ira que agranda inmensamente su ser y lo inunda y lo arrastra al furor, a desafiar las oleadas del Escamandro, y a matar y matar, y hacer cautivos y atarlos para asesinarlos luego, y a hacer galopar sus caballos en torno de Patroclo arrastrando por el suelo el cadáver de Héctor. Aquiles furioso es divino, y la imagen de su furor es eterna; y sus efectos son también divinos, y eternas las imágenes en que se nos presentan. Príamo se ve llevado al acto divino de suplicar por el cadáver de su hijo, y toda Troya se eleva a una alta cima de dolor en que vive desde entonces, y vivirá para siempre, en la verdad misma de las cosas. El noble Héctor ha sido muerto; la bella Andrómaca, precipitada a la ruina. No asistimos a triunfo alguno de Aquiles, sólo a los resultados del Furor, a los funerales de su enemigo, que era con mucho el mejor de los hombres.

También Odiseo anda errante por el mundo sin ganarse nuestra simpatía, aunque en la mayor parte de los extraños lugares por donde pasa obtiene lo que Sir Francisco Drake llamó "un poco del confortador rocío celestial". Pero entonces es herido en el apasionado corazón, en lo que hay de eterno en él, lo inunda el torrente divino, y el cauto observador de tierras lejanas, tan sereno ante el peligro mortal, se vuelve furioso e irresistible; comete entonces actos implacables contra sus enemigos, muy superiores en número, y vence, pu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rifica el hogar y reanuda su vida. Es elevado al plano de la suprema poesía y alcanza la inmortalidad.

Dije hace algunos instantes que cada incidente y digresión de Homero están llenos de vida, a tal punto, a veces, que llegan a ser alucinantes. Quiero decir que el modo momentáneo se eleva al modo universal de lo imperecedero. Voy a ilustrar esta afirmación con un ejemplo. El poeta está describiendo el ejército de los aqueos, que afluye de naves y tiendas a la llanura del Escamandro, cuando su espíritu salta de pronto a una imagen de bellas aves silvestres que vuelan en un silvestre lugar, en el amanecer del mundo:

> ...Como se ve en las praderas del Asio, cerca del río Caístro, volar de aquí para allá, orgullosas de sus alas, las alígeras aves —gansos, grullas o cisnes de largo cuello— y posarse bulliciosas y volver a elevarse y llenarlo todo con su incesante estrépito.

La inesperada belleza de esta imagen retoza en el corazón como algo vivo. Es una imagen tan sentida y labrada y penetrada de espíritu que nunca se extinguirá.

Lo que el poeta hace ocasionalmente en tal o cual breve pasaje, lo hace de continuo con el asunto principal de cada poema. Sólo puedo dar idea de su fuerza citando breves pasajes, violentamente desprendidos, se diría, de la interior abundancia del poeta. El que ahora leeré es otra digresión; es, seguramente, una interpolación que no debiera estar donde está, en una gran escena de un gran libro:

> Hasta Níobe, la de hermosos cabellos, tomó alimento cuando en su palacio murieron sus doce hijos: seis bellas hijas y seis varones en plena juventud. A éstos los mató Apolo con su arco de plata; a aquélla dió muerte la flechadora Diana, enfurecida con Níobe porque se atrevía a compararse con Latona, la de hermosas mejillas, y hasta decía que ésta sólo había tenido dos hijos y ella muchos. Pero estos dos eran hijos de una diosa y destruyeron fácilmente a todos los doce. Nueve días estuvieron en su propia sangre sin que nadie los enterrara, porque Zeus había convertido a los hombres en piedras; pero al llegar al décimo los dioses celestiales los sepultaron. Entonces Níobe, que antes no había hecho más que llorar, consintió en tomar alimento. Se dice que aún hoy, entre las rocas de las cimas desiertas del monte Sípilo, donde están ocultas las grutas de las ninfas que bailan junto al Aqueloo, allí, aunque de piedra, la agobia todavía el dolor que le causaron los dioses.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En la gran poesía, sólo se dice lo que proviene de un intenso sentimiento y es, por tanto, inolvidable. Aquiles, en el colmo de su furor, mientras ataca y se encarniza y mata con ambas manos vengando la muerte de Patroclo, exclama cuando una de sus víctimas le suplica misericordia:

> Ven, amigo, muere tú también. ¿Por qué te lamentas así? También Patroclo ha muerto y era infinitamente más valiente que tú; aun yo mismo, poderoso y bello como me ves, hijo de una diosa y de padre engendrado por Júpiter, he de morir muy pronto. No tardará en llegar la mañana, la tarde o el medio día en que alguien me quitará la vida también a mí, arrojándome una lanza o una flecha desde lejos.

Entonces hiere al joven indefenso y arroja el cadáver al río, a los peces, y echa otra vez a correr en busca de otros hombres a quienes herir de muerte.

Estos relatos fueron creados para cantarse o recitarse ante rudos concursos de hombres que esperaban y gozaban las fuertes excitaciones. Después de muchas horribles muertes y venganzas, consumido el ardor de la Furia, el poema se eleva a otro tono. Héctor es conducido muerto a su hogar, en Troya.

> Dentro ya del magnífico palacio, pusieron su cadáver sobre un riquísimo lecho e hicieron sentarse a su alrededor cantores que entonasen el himno fúnebre. Cantaron éstos con lastimera voz, y las mujeres le hacían coro con sus infatigables gemidos. En medio de ellas, Andrómaca, la de los blancos brazos, sosteniendo entre sus manos la fría cabeza de Héctor, exclamó: "¡Oh esposo mío! Has sido arrebatado a la vida en la flor de la juventud; y me has dejado viuda, y huérfano nuestro hijo, que, niño aún, no creo que llegue a gustar de la juventud, pues antes la ciudad será destruída hasta los cimientos. ¿Por qué has muerto tú, que eras su protector y el que hubiera defendido a las mujeres y a sus hijos? ¡Ay de ellas y ay de mí! Pronto nos llevarán en las cóncavas naves. Y nuestro adorado hijo, o me seguirá y tendrá que ocuparse en viles oficios, trabajando en provecho de un amo despiadado, o, lo que tal vez sea peor, algún aqueo lo arrojará desde lo alto de una torre, ¡horrible muerte!, en venganza de que tú, valeroso Héctor, diste muerte a su hermano, a su padre o a su hijo: que muchos aqueos mordieron la tierra a tus invictas manos. Terrible era, en verdad,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hijo mío, tu padre en el combate, y por eso lo lloraron todos en la ciudad. ¡Oh Héctor! Llantos y dolor indecibles causas a los padres; pero a mí me aguardan penas aún más graves. Ni siquiera pudiste, antes de morir, tenderme los brazos desde el lecho ni hacerme saludables advertencias que hubiera recordado, ¡ay! de noche y de día con lágrimas en los ojos". Oyéndole decir esto prorrumpieron las mujeres en nuevo llanto. Y entre ellas, Hécuba, que empezó, a su vez, el funeral lamento: "¡Hijo, el más amado hijo de mi corazón! Mientras viviste, fuiste querido de los dioses, como lo prueba el que después de muerto no te hayan abandonado. Los demás de mis hijos que cayeron en manos de Aquiles fueron vendidos al otro lado del mar, en Samos, Imbos o Lemmos. A tí, después de arrancarte la vida, te ha arrastrado en torno a la tumba de Patroclo, muerto por tu mano. Pero ¿de qué sirvieron tantas inauditas crueldades? Los inmortales no le han resucitado a su compañero y, en cambio, tú, aquí te tengo tan entero y tan lozano como si acabases de morir; diríase que ha sido el propio Apolo quien ha terminado tus días con dulces flechas". Dijo estas palabras derramando muchas lágrimas, y a todos movió a llorar con ella. Entonces Helena empezó a lamentarse de este modo:

"¡Héctor, cuñado el más querido de mi corazón! Mi esposo, Paris, me trajo a Troya; ¡ojalá hubiese muerto antes!, y en los veinte años que van transcurridos desde que vine y abandoné la patria, jamás he oído de tu boca una palabra ofensiva o grosera; es más, si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados o cuñadas, algunas de las esposas de aquellos, o tu madre —que el anciano venerable fué siempre cariñoso conmigo—, tú contenías su enojo, calmándolos con afabilidad y dulces palabras. Y ahora lloro afligida por ti y por mí a un tiempo, que ya no habrá en la vasta Troya quien me sea benévolo y amigo, pues todos me detestan".

Así dijo, llorando, y todos la acompañaban con sus gemidos.

Con este grito del más grande de todos los poemas narrativos terminaré esta conferencia sobre cuatro grandes poetas: el hombre ciego, el hombre gentil, el hombre altivo y el hombre esforzado cuyo valor conoció el persa de larga cabellera. Esforzado, altivo, gentil y ciego, todos tuvieron igualmente acceso a una iluminación que penetró en ellos como la luz del sol en el mar.

Creo que esta iluminación existe eternamente y que todos pueden conocerla en alguna medida por el propio esfuerzo o por obra de la gracia. Los que la niegan nunca pueden haberla sentido. Es tan intensa que, comparada con ella, ninguna otra sensación parece

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tener existencia o realidad. Es de tan vivo resplandor que toda otra luz parece sombra. Es tan penetrante que en las cosas más pequeñas, el grano de arena, la flor de un herbajo, el ala de una mariposita, están las pruebas de la profundidad y la belleza y la unidad de la vida.

La vida en este planeta, y el planeta mismo, son partes, o sombras, o raíces, de algo más grande y más intenso. Nosotros, los que somos mortales, estamos sólo parcialmente encarnado y sólo en parte somos sensibles y en parte espirituales.

Pero invisible, muy cerca de nosotros, rozándonos a todos, hay un mundo real de belleza y orden divinos, habitados por espíritus, cuya misión es traer orden y belleza, cuando pueden, a las almas mortales que luchan por lograrlo; y por muy remoto que en tantos respectos sea ese mundo, sus mensajeros llegan constantemente y su centro está en todas partes. La vida de ese mundo es un puro éxtasis de la inteligencia, esa honda percepción y ese durable arrobamiento que llamamos poesía.

Y como la poesía proviene del éxtasis, la vida que proclama es la del éxtasis, la vida de los altos estados del espíritu, grandes amores, generosidades y esfuerzos, o grandes pecados, furores, sufrimientos y caídas.

Hay una poesía menor, como todos sabemos. Es la concedida a un mensajero inhábil o indigno, que detiene su marcha demorándose en tabernas y ferias, para escuchar a las gentes, y que al fin entrega su mensaje como quien no lo ha entendido, mezclado con charlas que aprendió en el camino.

Pero la más grande poesía es una inundación de luz que surge de la fuente de toda luz, de ese soberano de quien nos llega el conocimiento de las cosas soberanas, bajo cuya sabiduría avanzamos, bajo cuyo imperio nos movemos y en cuya belleza, si hemos buscado la belleza, podemos llegar a habitar.

Sus caminos son de luz, y de luz son sus palabras, concedidas a algunos grandes hombres de luz, para que este mundo pueda conocer algo de la sabiduría, la belleza y la fuerza que son el diario sustento en el Paraíso.

Traducción de *Enrique Carlos Pezzoni.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LAS OBRAS Y LOS DIAS

REVISTA DE LIBROS

FRIDA SCHULTZ DE MANTOVANI: *"El mundo poético infantil"*. Edición El Ateneo. Buenos Aires.

La obra poética de Frida Schultz de Mantovani es altamente estimada. Trabajadora silenciosa e infatigable, vuelca en sus páginas las ricas mieses de su vida recoleta. En esta obra suya se destaca su gran amor a la niñez: amor que se transforma en cancioncillas ingenuas y armoniosas, en cortas piezas dramáticas llenas de poesía, y, que finalmente, cuaja en esta última de mayor envergadura.

Pero "En el mundo poético infantil" el enfoque ya no es el mismo, ya no es cantar para la infancia, sino zambullirse en ella, escudriñarla y estudiarla. El libro oscila entre lo lírico y lo pedagógico, a veces el poeta que vive en la autora la desvía un tanto de la senda propuesta, pero generalmente sale airosa de la dura prueba.

Y no es decir poco.

Dos perfiles de mujeres poetas, que también amaron a los niños y escribieron para los niños, completan el libro: Alfonsina Storni y Gabriela Mistral.

Se las estudia en su calidad de autoras de obras infantiles, aunque, como suele acontecer cuando la visión es certera, a través de ese estudio voluntariamente limitado, se perfilan seguras y completas ambas autoras.

Y es sobremanera simpática esta comprensión de artista a artista, de mujer a mujer, y en la mente del lector los tres rostros femeninos avanzan enlazados por el sublime lazo del amor a la infancia.

R. D. H.

SARAH BOLLO: *"Ciprés de Púrpura"*. Montivideo.

Hace años hemos tenido ya la oportunidad de expresar nuestra admiración por la obra de esta poetisa uruguaya que, incansablemente, aporta año tras año labor valiosa al acervo literario de su patria. Ultimamente publicó dos libros: "Pola Salavarrieta", tragedia histórica representada en el Sodre en acto de homenaje a Colombia, y "Ciprés de púrpura", libro de poesía que mereció el premio del Ministerio de Instrucción Pública.

"Ciprés de púrpura" ha sido prologado por Américo Castro, esto nos da la medida del valor de la obra; por ello nos complacemos en reproducir conceptos del ilustre filólogo español:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Desde que leía las poesías de Sarah Bello, **Baladas del corazón cercano**, percibí en esta gran artista uruguaya muy bellas vivencias del transfondo de la naturaleza, de una naturaleza que accediera a revelarnos su humana intimidad. El alma se siente llevada por

"mares internos y míos,
ya sosegados de surcos".

La artista vive su entrega "al mar, al viento, al astro", en "dulzura de lago y árbol", en vuelo "de lunas y olas y espacios". Su arte, leal y auténtico a la emoción y a la ajustada expresión, se define "indefiniéndose".

En los poemas del nuevo volumen vuelve a sentirse, con reiterada originalidad, la sed del alma a que han servido la aguada. No son despliegue de retórica sabida, ni ingenuo afán de aumentar —con aldeana inconscencia— la ingente y dudosa mole de la poesía hispano-americana. "Mucho" y poesía, "numeroso" y poeta, son nociones axiológicamente contradictorias".

Imposible decirlo mejor.

R. D. H.

H. E. JACOB: *"Seis mil años de pan"*. Editorial Impulso. Buenos Aires 1945.

Narrar la historia del pan es, en último término, narrar la historia toda del hombre. Así lo entiende Jacobs, y emprende alegremente la no fácil tarea. Vemos aquí la historia de grandes líneas que nos es familiar, pero levemente distorsionada, en una perspectiva algo distinta, más adherida a lo cotidiano. Para decirlo en una frase hoy al uso, hallamos, junto a la otra, de gran espectáculo, la "historia del hombre común". De ella son protagonistas el labrador, el molinero, el tahonero, y también el sacerdote, no menos que el jefe militar o el caudillo.

No faltan, por cierto, los grandes hitos familiares, y alcanzan aquí pareja importancia, por motivos a veces insospechados. Los trigales y molinos vuelven a poblarse de genios malévolos: la invasión de los bárbaros. Falta el grano: Jacqueries, guerras de campesinos. El trigo se sobrepone al centeno en la Europa Central: Guerras de la Revolución y del Imperio. Y no está ausente tampoco la Reforma (quizás traída un poco arbitrariamente, con motivo de la disputa teológica de Lutero y Zwinglio sobre la Eucaristía, y con el propósito demasiado evidente de vincular el pan a todas las crisis espirituales de la humanidad).

Luego, hechos que no narran aún las historias, cuyos héroes son pícaros divertidos, como le inventor de los molinos metálicos y el pan de Viena, de quien no se conoce el nombre verdadero. Y las hazañas menos divertidas de los grandes trusts del trigo y la levadura. La lucha contra la erosión. Y, finalmente, el nacional-socialismo y el hambre sistemática de los pueblos esclavos.

Ser "la historia del hombre común", contener "toda la aventura del hombre en un volumen", tales son las excelencias que suelen proclamar las llamadas "obras de divulgación". No hay duda de que "Seis mil años de pan" cae en ese rubro. Ahora, que pocas obras hay más difíciles de construir que éstas de divulgación. Es necesario poseer un cierto dominio, no demasiado pegadizo, del tema, y una considerable agilidad de narrador. Para sustituir a estas virtudes se suele echar mano del acopio de datos divertidamente asombrosos (a menudo anécdotas biográficas medio ridículas, medio vergonzosas ,o simplemente extrañas), a veces falsos, y que al fin no tienen mucho que ver con el tema. Al

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

interés de la narración se lo hace nacer de la introducción de elementos melodramáticos arbitrarios.

Jacobs no recurre a nada de ello. Aunque no desdeña la cita cuando es necesaria, prefiere narrar, y narra con la seguridad del que sabe de qué está hablando. Su relato lento no fatiga: posee dotes de narrador y de artista. Lo prueba, por ejemplo, la sobriedad con que trata los temas de la Revolución Francesa, que suelen inducir a tentativas peligrosas de hacer melodrama de efecto.

Y narra con dignidad, pues sabe que esos seis mil años de pan y de historia constituyen, a pesar de todo, una aventura digna de ser contada.

TULIO HALPERIN DONGHI.

ROMILDO RISSO

Acaba de fallecer en su tierra natal, Montevideo, Romildo Risso. Risso vivió largos años entre nosotros y bien merece por su vida y obra el calificativo de rioplatense. Fué, de veras, un poeta gaucresco; cosa harto difícil, como que casi todos los llamados así, apenas si son verseadores de lengua grotesca, manipuladores de un mundo sentimental falso, y de una naturaleza de pacotilla. El no. Costaba a primera vista sospecharlo "cultor de la tradición". Había sido industrial en Rosario, comerciante allí y en Buenos Aires. No le faltaban pues los rasgos del habitante activo de las grandes ciudades modernas. Pero debajo del diligente molinero de yerba mate de Rosario, del corredor de lubricantes de Buenos Aires, vivía el Romildo Risso observador disconforme y zumbón, que replegaba desdeñosamente su bigote entrecano y tabacoso ante el rumbo que había tomado la vida en torno. No pocos resultados del progreso hallaban en él un comentarista mordaz: estos hombres y mujeres no son sino unos aturdidos; no veía que el carácter, la dignidad, la hombría fuesen norma de los varones; ni la dulce blandura, la pasión maternal el signo de las mujeres.

Pero no era un huraño ni un inadaptado. Buscaba el trato de los hombres; gustaba de las conversaciones sin prisa, mano a mano o en rueda, en las que poco a poco se va pintando el mundo valorado por una conciencia.

Tampoco era un negador rutinario. No se oponía al inevitable cambio de las cosas; pero aspiraba a que se produjera sobre un eje de valores morales y estéticos firme; quería que estas grandes naciones en cierne tuvieran su raíz, y aun su horizonte, en el gaucho.

El gaucho era para Risso el más alto tipo humano que se alcanzó en nuestras tierras. Su perfecto equilibrio con el medio físico y su mundo moral, elemental y hondo, es lo que nos propone Risso como decálogo para nosotros y nuestra posteridad.

Por lo mismo que sentía tal veneración por lo gauchesco, no sufría los engendros del gauchismo al uso, para él la carnavalada insoportable.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Bueno está el cultivo de la tradición, a condición de ser genuina. Esa autenticidad la buscaba con un afán que tenía algo de quimérico, pues la llevaba en sí mismo. Su conversación, llena de alusiones, fintas, reticencias, sobreentendidos y silencios, chacotona o grave según fuese el tema que se terciara, desgranándose al vaivén del eterno cigarrillo armado por él mismo, era de suyo esencia de lo criollo.

Tal es también el sentido de las poesías de Risso, reunidas en cuatro libros: "Ñandubay", "Aromo", "Hombres" y "Fernando Máximo, poeta nativista". Los tres primeros, editados en Buenos Aires, testimonian su sentimiento del paisaje soledoso y la exaltación del gaucho —sensible pero estoico, "entero" sin jactancias, tesoro de experiencia discreta—. Abunda en su poesía la gravedad sentenciosa, rasgo consecuencial; en el fondo es pudor de expresar sentimientos, sublimados con frecuencia en lugares comunes morales y en el cariz conceptual, intelectualista, del verso. Su último libro es una intencionada parodia de la poesía nativista de Fernán Silva Valdés, que muestra en la feliz imitación de ciertos rasgos de ese autor. la capacidad de Risso para hacerse al anfoque, a la imaginería y al fraseo de la poesía ultramodernista.

Es de sentir que Risso, por extremar su fidelidad a lo genuino, se creyera obligado a ser como los payadores y tuviera vergüenza de estarse aliñando versos, cuando la gracia está en que salgan solitos de adentro, perfectos en su natural desnudez. Aunque en esto ya se contradecía con sólo escribir; ni es esta, por cierto, la única contradicción que hallamos en él. Con ello se resiente el valor de sus versos, que más de un "entendido" juzga los mejores entre las gauchescas de nuestros días.

GREGORIO HALPERÍN.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INSVLA interrumpe su publicación. ¿Será esta interrupción temporaria o definitiva? No lo sabemos. No se nos escapa que INSVLA llenaba una necesidad y que su desaparición dejará un vacío. Los acontecimientos nos sugieren, empero, que no serán muchos los que se enteren de ello, aunque, eso sí, los mejores.

El nacimiento de INSVLA no ha respondido a cálculos materiales, ni su desaparición es consecuencia de dificultades materiales. Todo había sido sopesado y previsto, menos esta amargura que llena el alma e impide avanzar.

No creemos, por otra parte, que la acción urja; antes creemos que estas deben ser horas de recogimiento y de meditación y de búsqueda, a fin de extraer de lo más hondo el valor para reiniciar el combate del cual no desertamos. Pero reiniciarlo con un nuevo sentido.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar